

La Esfera

26 Febrero 1916

Año III.—Núm. 113

ILUSTRACION MUNDIAL



Mrs. Wilson, nueva esposa del Presidente de la República norteamericana

DIBUJO DE GAMONAL

DE LA VIDA QUE PASA

SOBRE EL CULTO DE LA FUERZA

No me extraña que haya en estos meses tantos españoles que sientan surgir en su pecho una admiración no disimulada hacia el triunfo de la pura fuerza en los negocios humanos. Hay una razón permanente que excusa el culto de la fuerza. La fuerza es necesaria para todo, lo mismo para componer un soneto que para concebir una idea, que para fundar y sostener un hospital.

El talento supone fuerza, aunque no sea meramente fuerza; la bondad requiere fuerza para realizarse, aunque tampoco sea meramente fuerza, y en cuanto al poderoso caballero don Dinero, no es más que una de las manifestaciones de la fuerza. Se puede distinguir, si se quiere, entre la fuerza militar ó directa y la fuerza económica ó indirecta; pero, en el fondo, ambas fuerzas son una misma fuerza y son transmutables una en otra, ni más ni menos, que las fuerzas naturales: calórico, luz, gravitación, electricidad y magnetismo.

Excusar una cosa no es, sin embargo, justificarla. «Comprender es perdonar», suelen decir los franceses. Dicen mal. Se puede comprender una acción y condenarla. La fuerza no debe ser objeto de nuestro culto, porque el culto debemos reservarlo para aquellos bienes que pueden ser realizados, pero que también pueden escaparse á la realidad, que deben ser, pero que pudieran no llegar á ser. No comparto el culto de la fuerza porque la fuerza no necesita de mi adoración para prevalecer en este mundo. Siempre ha prevalecido y sea cualquiera mi actitud ante ella, siempre seguirá prevaleciendo. Y sería tan ridículo que pidiera yo á Dios en mis plegarias el triunfo de la fuerza, como que le pidiese hacer salir el sol por las mañanas. Lo único que le pido es que me de á mí la fuerza necesaria para poder servirle. «El pan nuestro de cada día dánosle hoy». La fuerza es un instrumento y nada más. Como instrumento necesario no debemos descuidar su posesión. Lo importante, empero, no es la fuerza misma, sino el uso que de ella hagamos.

La razón histórica que explica este culto de la fuerza que de mis compatriotas se ha apoderado, ha de encontrarse en la amargura de aquel domingo en que se supo que la escuadra norteamericana había hecho ejercicios al blanco con aquellos pobrecitos barcos de madera que se fueron á pique en Cavite el mes de Mayo de 1898. ¿Lo recordáis? Muchos españoles se fueron á los toros tan tranquilos. Pero otros se quedaron en sus casas para llorar de rabia ante la evidencia de nuestra debilidad y carencia de armas apropiadas para mantener lo que era nuestro.

De aquellas lágrimas surgió para España un nuevo ideal, ó por lo menos la renovación de un ideal viejo: el de ser fuertes. La voz de Costa era eso y no otra cosa. Un quejido ante nuestra debilidad y por tanto una excitación á la conquista de la fuerza, empleando para ello como instrumento las armas de los tiempos nuevos, los libros, las escuelas, la economía, la despensa y, sobre todo, la justicia. Por detrás de la escuela y de la despensa se alzaba en la cabeza del notario de Graus la imagen del Justicia de Aragón con una espada implacable en la mano para exterminar á malhechores y á caciques.

Se ha dicho de Costa que era el Fichte español. Con eso se ha creído honrar á Costa. Otros críticos más comedidos han afirmado, en cambio, que la figura de Fichte era mucho más grande que la de nuestro Costa. No lo creo. En el fondo lo que Fichte quería para Alemania era lo mismo que para España quería Costa, y que puede resumirse en la palabra «fuerza». La filosofía de Fichte es muy complicada en cuanto al vocabulario. Por eso es difícil de entender. Pero una vez que se la entiende sucede con ella lo que con todas las filosofías alemanas: que pueden describirse en la mitad de una cuartilla y que hasta los porteros se asombran de su simplicidad.

Toda la filosofía de Fichte se reduce á decir que el Yo (con Y grande), se extiende al infinito, y, sin embargo, se siente limitado, y que por sentirse limitado tiende á satisfacerse, y se satisface la acción. Es una filosofía de la acción y aún podría decirse mejor que de la «hazaña». La razón histórica que hizo popular esta filosofía, es también muy fácil de entender. El Yo alemán

se sintió en aquel entonces limitado por la voluntad de Napoleón, «el espíritu del tiempo á caballo», como le llamó Hegel, y tendió á satisfacerse, y se satisfizo con la guerra de 1813 y la derrota final de Napoleón.

Costa, en el fondo, era mucho más complicado que Fichte. Quería la fuerza, pero también quería la justicia y seguramente concebía la justicia en forma más compleja que Fichte, quien venía á identificarla con la acción, mientras que D. Joaquín sabía muy bien que muchas acciones son injustas. Este ideal de la justicia no ha podido realizarse en la forma en que Costa lo concebía, por la sencilla razón de que los caciques disponen de la fuerza, y mientras sigan disponiendo de ella, mientras no la malgasten en placeres ó mientras no se cree en España una fuerza superior á la suya, no ha de esperarse que la empleen tontamente en suicidarse.

Pero el otro aspecto del ideal de Costa, el de utilizar los instrumentos modernos de la técnica en el aprovechamiento de las fuerzas naturales, ese sí ha penetrado en el alma española. Y por haber penetrado ha sido posible la renovación económica de España. Vivimos en una

tierra pobre, y no es probable que llegue á ser nunca España una nación que se distinga entre las otras por su riqueza. Pero ya no es necesario apenas predicar á las gentes la conveniencia de cultivar el suelo y extraer las riquezas del subsuelo con arreglo á los «últimos adelantos», porque de ello están ya sobradamente convencidos, y si algunos no lo hacen, es porque no sienten la menor necesidad de hacerlo.

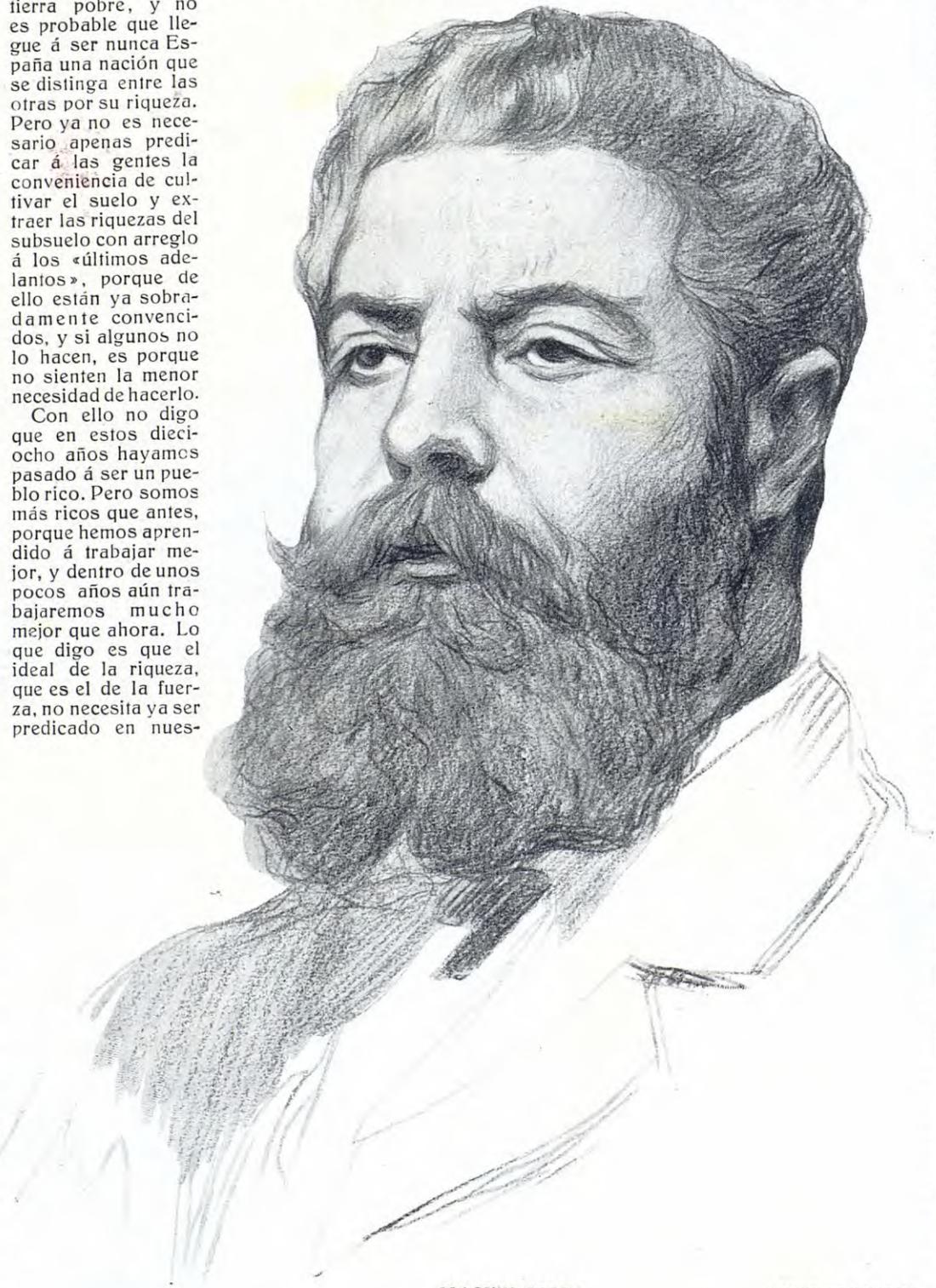
Con ello no digo que en estos dieciocho años hayamos pasado á ser un pueblo rico. Pero somos más ricos que antes, porque hemos aprendido á trabajar mejor, y dentro de unos pocos años aún trabajaremos mucho mejor que ahora. Lo que digo es que el ideal de la riqueza, que es el de la fuerza, no necesita ya ser predicado en nues-

tro país, por hallarse ya suficientemente propagado.

Hasta se me figura cada vez que hablo con algún español de las nuevas generaciones, que ya se halla excesivamente propagado. Una cosa es pedir á Dios el pan nuestro de cada día, esto es, la energía estrictamente necesaria para servirle con la creación de cosas buenas, y otra distinta admirar la fuerza por la fuerza. Esto último es una aberración. Esperemos, que será pasajera. La historia enseña que todo pueblo que ha amado la fuerza por sí misma, se ha estrellado y desquiciado por aspirar á la realización de empresas imposibles. Cada Imperio comenzó su ruina en el momento en que empezó á adorar su propio imperio. Y es que la fuerza que resiste es, á la larga, mucho más fuerte que la fuerza que agrieta. Y además de más fuerte, más simpática, más fecunda en bondad.

¿Por qué? Porque los hombres no descubren la significación de la justicia y de la verdad, y de la belleza y de la bondad, sino cuando sus voluntades se estrellan ante las voluntades de otros hombres.

RAMIRO DE MAEZTU



JOAQUIN COSTA

DIBUJO DE GAMONAL

Gramática oficial...? no!

Don Antonio Maura, como presidente de la Real Academia Española de la Lengua, ha dirigido al señor ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes un escrito pidiendo que se exija a todos los centros oficiales de España el empleo, en los actos todos oficiales, de la lengua oficial, que es el castellano. El tal escrito está siendo muy comentado en toda España, y muy particularmente en Cataluña.

No voy a comentarlo en ese respecto. Hace unos años, cuando al ir S. M. el Rey á Barcelona, acompañado del Sr. Maura toleró éste que se dirigiera al Soberano de España el alcalde de Barcelona en catalán y á nombre, dijo, de los hijos de la ciudad ó naturales de ella, protesté por mi parte contra ello, diciendo que el alcalde de una ciudad no representa ni puede representar á los naturales ó indígenas de ella, sino á sus vecinos, y éstos, en Barcelona, deben saber y saben de hecho todos ellos, el castellano, la lengua oficial española, mientras que no todos ellos saben el catalán. Y hasta pudiera darse el caso de que el alcalde mismo no lo supiera, pero no el de que ignorase el castellano.

La cuestión legalmente es de una claridad meridiana. Y culturalmente soy de los que creen que á los catalanes les conviene adoptar de corazón la lengua castellana, dejando de buscar su personalidad colectiva por donde ahora la buscan.

Pero no es de esto de lo que quiero decirnos ahora.

En el mismo citado escrito el presidente de la Real Academia de la Lengua, dice: «Aunque las vigentes (leyes) disponen que los textos didácticos de la Academia sean obligatorios en los establecimientos de enseñanza, la Academia no ha exigido el riguroso cumplimiento de estos preceptos, mientras para el mismo objeto se han utilizado libros, si distintos de los suyos, siempre castellanos. No era, sin embargo, inofensiva aquella relajación, y convendrá corregirla unificando las enseñanzas con la gramática oficial.» ¡Alto aquí!

¿Con que la Real Academia Española de la Lengua no ha exigido el que se utilice para la enseñanza del idioma nacional y oficial patrio sus textos didácticos? ¡Pues habría estado bueno que lo hubiese exigido! ¡Tendría que ver que pretendiese imponernos ese *Epítome* de disparates y vaciedades—más vaciedades aún que disparates, con haber tantos de éstos—donde se encuentra, entre otras, la divertida especie de que en castellano todos los monosílabos son agudos! ¡No, no, no! Si la Real Academia ha de pretender imponernos textos didácticos oficiales, que los haga primero siquiera razonables y no esos engendros que hace tiempo debió haber recogido, y que son un baldón de ignominia para la cultura española. Aunque lo mejor sería que no hiciese tales textos. Que no debe ser esa su misión. Es decir, su misión... su misión... ¿Cuál debe ser la misión de la Real Academia Española de la Lengua? Yo no lo sé, pero creo que ninguna. O á lo sumo, elegir un senador del Reino, como colegio electoral que es, y pagar dietas á sus miembros.

Nos dice luego el señor presidente de la Academia que convendría corregir la relajación que cita «unificando las enseñanzas con la gramática oficial». ¿Eso más, Dios mío? Que haya lenguaje oficial lo comprendo, ¿pero gramática oficial? ¿Qué es eso de gramática oficial? ¿En qué consiste la oficialidad de la gramática?

¿Que á un funcionario público que en un documento oficial escriba, v. gr.: «si tendria espacio, me extenderia, etc.», se le amoneste llamándole la atención en que se debe escribir en buen castellano *si tuviera*, en condicional, y no *si tendria*, en potencial, lo comprendo, pero que encima se le haga que llame á ambas formas pretérito imperfecto de subjuntivo?... ¡No, eso no y mil veces no! Para hablar y escribir correctamente el castellano, no es menester aprenderse qué sea eso del pluscuamperfecto.

¡Gramática oficial! ¡Horror! Horror que no verán los que persisten en creer que la gramática de una lengua enseña á hablar y escribir correctamente y con pro-

piedad esa lengua. De la misma manera que la fisiología enseña á digerir.

¡Gramática oficial! Y ortografía oficial, por supuesto. Y á los que nos obstinemos, como me obstino yo, en escribir *setiembre* y *oscuro é inconciente* y *suscitor*, suprimiendo todos esos perendengues ortográficos pedantescos, ¿qué se nos hará?

Que la Real Academia Española de la Lengua cuide con el mayor cuidado de la lengua oficial y que la archive y la estudie, puede pasar, aunque tales estudios no son para corporaciones así, pero que pretenda legislar en punto á lengua y decirnos si una expresión es ó no correcta, es cosa por la que no se debe pasar. Una Academia es algo intrínsecamente absurdo cuando pretende ser un cuerpo legislativo. En lengua no caben más leyes que las que, por abuso, se llaman leyes de derecho consuetudinario, y esas las da el pueblo que habla.

A poco llegaría la Academia hasta á pretender que fuesen oficiales las divertidísimas etimologías de su Diccionario, en la décimatercia edición.

Cierto es que he oído decir que las están cambiando. Lo que me recuerda á un viejo catedrático de latín que conocí en mi pueblo, autor de una gramática latina, que es un monumento humorístico de primer orden y al cual autor y catedrático le daba por las etimologías. Y las *sacaba* ingeniosísimas y á tenazón. *Sacar* es la palabra; se dedicaba á *sacar* etimologías. Improvisaba una y le decía yo: «pero, D. Francisco, que esa no puede ser... por esto y lo otro y lo de más allá», y me replicaba: «¡calle, pues puede ser que tenga usted razón...! ¡no importa; sacaré otra!» Y sacaba otra y otras más. Y á las veces nos daba cinco ó seis á escoger. Era un ejercicio como otro cualquiera.

¡Gramática oficial! No, lo que debería hacer la Real Academia Española de la Lengua es dirigirse al señor ministro de Instrucción Pública y

Bellas Artes, pidiéndole que donde en las escuelas se dice asignatura de gramática castellana se diga de lengua castellana, y que los maestros enseñen la lengua y no la gramática. «¿Y por qué no las dos cosas, ó más bien la lengua mediante la gramática?», me dirá alguien. Pues porque enseñando gramática no enseñan la lengua y no hace maldita la falta de aquella para enseñar ésta y unificarla. Para advertirle á uno que se dice *haya* y no *haiga*, no creo que haga falta llamarle presente de subjuntivo ni de ningún modo.

Y la experiencia enseña que enredados los maestros en las horribas ideologías escolásticas de la gramática oficial, ni enseñan bien la lengua ni saben ellos siquiera hablarla y escribirla bien. ¡Como que estoy por decir que nadie habla ni escribe peor que los gramáticos oficiales!...

¡Unificar las enseñanzas de la lengua con la gramática oficial! ¡Dios nos coja confesados! Y seguirá aquello de: «nominativo: el señor; genitivo: del señor; dativo: á ó para el señor; acusativo: al señor; ablativo: en, con, por, sin, de, sobre el señor». ¿Pretende el Sr. Maura acaso que sigan entonteciendo á nuestros hijos, y luego á nuestros nietos con eso de «en, con, por, sin, de, sobre el señor»? ¿Y la revolución desde arriba?

Ya sé que no he de lograr convencer á los más de mis lectores, no ya de que se puede y se debe enseñar la propia lengua sin eso que llaman gramática, sino de que la tal pretendida gramática es la causante de que se enseñe la propia lengua mal. Llevo más de veinte años con esta cantinela y encuentro á los más muy retusos. Hay una vulgaridad que hace mucho daño y es la de decir de uno que no sabe gramática cuando se quiere decir que no conoce bien y á conciencia su propia lengua ó que la emplea mal.

¡No, gramática oficial no! Porque la gramática oficial no es más que ideología, é ideología mala. No, que no sigan pervertiendo las finas inteligencias de los niños españoles con esos embolismos de la definición del verbo y la clasificación de los verbos irregulares y el en, con, por, sin, de, sobre... ¡No, eso no! Y en todo caso, si la Real Academia Española de la Lengua quiere que sus textos didácticos sean de empleo compulsivo y preceptivo, que los haga ó los encargue hacer, como Dios manda. Y digo que los encargue hacer, porque tengo entendido que el ya famoso *Epítome*—epítome, repito, de vaciedades y disparates, más vaciedades que disparates—no lo escribió ningún académico. Así como en el engendro de las etimologías de la décimatercia edición del Diccionario les ayudó, según en el prólogo se dice, uno que no era académico de su Academia. No eran bastantes para acumular tantos desatinos como allí hay. ¡Y ello sin tener en cuenta que el tal libro te habría de circular entre gentes que saben algo de filología románica! Aquí sí que cabe aquello de: «¿qué dirán las naciones extranjeras?» Lo que dijeron entonces y sobre aquel vergonzosísimo caso.

¡No, gramática oficial, no! ¿Aunque... sabe el señor presidente de la Real Academia Española de la Lengua, qué es lo verdaderamente revolucionario desde arriba y lo verdaderamente conservador, ya que la libertad se ha hecho conservadora? Pues es suprimir, como cuerpo legislativo y preceptivo, la tal Academia. Porque el absurdo radica en la esencia misma de la Academia.

Es exactamente igual que la formen unos ú otros, excelentes hablistas y escritores, ó doctos gramáticos y filólogos; una Academia legisladora del idioma es en sí y por sí—y aunque, ablativo al parecer, no también con, de y sobre sí—un contrasentido y un absurdo, como lo es una gramática oficial.

¡Lengua oficial... pase! ¡gramática oficial, no! ¡Que nos enseñen á decir *si supiera*... y no *si sabría*... bien!, pero sin pretérito imperfecto de subjuntivo, que según la Academia, lo son ambas formas.

MIGUEL DE UNAMUNO



AL OÍDO

Con voz ténue, velada
por emoción muy honda, bajo la luz discreta
de la lámpara, así decía aquel poeta
viril á una MIMOSA PLÚDICA, su adorada:

"No te impongan los rasgos altivos de mi cara;
no temas la energía de mi mirar, que doma
espíritus hostiles con su fijeza c'ara:
yo tengo perfil de águila... y entrañas de paloma!"

"Mi garra duerme oculta bajo plumón mullido
y sólo extrangulando víboras se contrae.
Mi boca nunca dice: YO QUIERO; dice: PIDO!
Mi voluntad es fuerte, mas con dulzor atrae."

"Mi voz conoce todos los registros del clave;
mi beso es docto y no aja ni un pétalo de rosa.
Mi instinto, en los problemas de amor, todo lo sabe,
con una ciencia arcana, profunda y misteriosa!"

"No mires si en mis sienes hay escarcha octubreña:
nuestras almas sin años hablan un mismo idioma.
Junta tu cara nívea con mi cara trigueña;
reclínate en mi hombro sin miedo; duerme... sueña!
Yo tengo perfil de águila y entrañas de paloma."

Amado NERVO

LA ESFERA

LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



LA VIRGEN DE LOS DOLORES

Cuadro de Tiziano

CHARLAS DEL MUSEO

LAS VÍRGENES DEL TICIANO

TAL vez sólo el Museo Imperial de Viena, donde se conserva la maravillosa colección que formara en Bruselas el archiduque Leopoldo Guillermo, puede competir con nuestro Museo del Prado en la posesión de obras de Ticiano Vecelli.

Así como para conocer a Velázquez y a Goya es preciso visitar la pinacoteca madrileña, también se encuentra en ella a Ticiano con todo su esplendor y se puede seguir la trayectoria técnica e ideológica de su vida.

Porque de este artista, de quien su malogrado compañero el Giorgino dijo en cierta ocasión: *Infino nel ventre di sua madre era pittore*, se conservan treinta y cuatro obras indiscutibles y quince copias ó atribuidas á él sin contar el *San Jerónimo en oración* de Lorenzo Lotto, que, atribuido primero á Tintoretto, se consideró después nacido de los luminosos pinceles del gran maestro de la pintura veneciana.

Hallamos no sólo lienzos de su primera época, sino aquellos otros que creara en el apogeo de su gloria. Aquí están, por no citar todos los admirables lienzos, los retratos insuperables de Carlos V y de Felipe II, *La bacanal*, las dos *Venus recreándose con la música*, *La cándida á la diosa del Amor*, *Danae recibiendo la lluvia de oro*, *Salomé* y *La Gloria* que, encargado por Carlos V para el Monasterio de Yuste, acaso influyera en el espíritu del Emperador para inclinarle á celebrar sus funerales en vida.

Sin embargo, no entra en el propósito de las modestas charlas de nuestras visitas al Museo del Prado, que inauguramos hoy, hablar ahora de las obras mitológicas ni de los retratos del más ilustre discípulo de Bellini. Hemos sólo de referirnos á sus Vírgenes.

Ticiano, como Rubens, pintó muchos lienzos de asunto religioso, pero también, como Rubens, rara vez sus cuadros de tal género inspiran el sentimiento dulce del misticismo. Era un alma esencialmente pagana, un enamorado de las magnificencias del color y de la alegría sensual de las carnes desnudas...

Sin embargo, sus comienzos fueron de pintor religioso. Durante la primera época de su vida,

los cuadros de Ticiano eran inspirados en el ejemplo de su maestro Bellini y de sus discípulos Palma el Viejo y el Giorgino. Y también al final de su vida tan extensa (sabido es que la terrible peste de 1576, le sorprendió á los noventa y nueve años con los pinceles en la mano) volvió á los asuntos religiosos, como *La Coronación de Espinas* que se conserva en la Pinacoteca de Munich. Cuadro éste de vejez, ya monótono, como hijo de unos ojos demasiado débiles, es una réplica de la composición hecha en 1560 que se conserva en el Louvre y fué terminado por Palma el Joven, su último discípulo.

La Virgen ha sido, no obstante, para este gran pagano de las Venus, soberanamente desnudas, de las Danaes voluptuosas, una de sus predilecciones de pintor. Pero no las interpretaba de un modo superhumano, idealizándolas con grave perjuicio del realismo que la madre de Cristo ha de tener para afianzar la creencia en su vida terrenal. Al contrario. Las vírgenes de Ticiano son mujeres contemporáneas de sus caballeros cubiertos de armiños, terciopelos, brocados y joyeles



"Virgen con el Niño Jesús", fragmento del cuadro "Asunto místico"



"La Virgen de los Dolores", cuadro de Ticiano

del Renacimiento, de sus cardenales, Papas y guerreros, de sus nobles damas, de su *Bella*, inmortal como la *Gioconda* de Leonardo.

Este naturalismo fuerte y sereno, de sus cuadros religiosos, indignaba un poco á los partidarios del misticismo enfermizo y de los éxtasis ultraterrenos. Ticiano se encogía de hombros y seguía pintando Vírgenes que, cual la voluntad divina lo quiso, vivieron y sufrieron en la tierra antes de ascender á los cielos. Y precisamente este momento de la Ascensión es el que dió asunto á su obra maestra de pintura religiosa.

En *La Ascensión de la Virgen*, el grandioso retablo que, como *La Virgen de la Familia Pesaro*, fué pintado para la iglesia de los Frari y que hoy se conserva en la Academia de Venecia, vése á la mujer adquirir repentino carácter divino, sobre la nube que sostienen los ángeles, mientras debajo de ella los apóstoles alzan sus manos en actitud de piadosa estupefacción...

No menos interesante es *La Madona de las Cerezas*, del Museo Imperial de Viena, que, gracias á la hábil restauración de Erasmus Engert en 1855 y en la que in-

virtió seis años, se conserva intacta. *La Madona de las Cerezas* es obra de juventud, demasiado influida en la composición por Bellini y en el colorido por Palma el Viejo, pero rica, no obstante, en promesas de lo que luego había de ser Ticiano.

También *La Virgen con el Niño Jesús y San Antonio*, que posee la Galería de los Oficios en Florencia, es un espléndido lienzo, más afirmativo aún del estilo ticianesco que *La Madona de las Cerezas*. Hallamos las armonías cálidas y esplendorosas; el hábil empleo de medios tonos y de veladuras y, sobre todo, encontramos el luminoso paisaje que luego había de ser tan característico en Ticiano y que había de dar la norma de los fondos de retrato en los siglos siguientes.

Citemos también la *Virgen de la Santa Familia* de la National Gallery, plena de nobleza y de serenidad; la trágica expresión que tiene la *Virgen de El entierro de Cristo* en el Louvre y que tan indudable parentesco tiene con las *Dolorosas* del Prado; la estatuaría, casi leonardesca, de la *Virgen con el niño*, de la Galería de Viena; la plácida y tranquila de los dos cuadros de idéntico asunto y ligera variante de composición—*El matrimonio de Santa Catalina*—que se conservan el uno, en la Galería Pitti de Florencia, y el otro, en la National Gallery de Londres.

No es muy numerosa la serie de Vírgenes de Ticiano ó atribuidas á él que posee el Museo del Prado. Pero sí son de calidad suficiente para conocer este aspecto del gran maestro de la escuela veneciana.

¡Qué conmovedora expresión de sufrimiento, qué dramática actitud de imploración la una, de contemplación la otra, tienen estas Dolorosas! No quiso el artista distraer la mirada con exuberancias coloristas, ni con detalles secundarios de composición que completaran el momento trágico.

Basta esa actitud de la Madre ante el Hijo muerto ó implorando al Todopoderoso para que nos escalofrié la angustia de la terrible escena.



MUERTE DE UN ACTOR INSIGNE JOSÉ TALLAVÍ



El telón cae...
Y esta vez para siempre. Porque la Intrusa ha sido el tramoyista que lo dejara caer separando al actor del público, en uno de esos anchos silencios tan profundos que parecen creados solamente para el eco de los corazones.

Largo tiempo acechaba su venganza esta eterna enemiga de la Vida. Pero detenía su esquelética mano el íntimo regocijo de admiración ante el artista que fingió ser su esclavo tantas veces.

Porque el rostro de Tallaví era un espejo á donde Ella se asomó demasiadas veces hasta empañarle definitivamente con su aliento de osario.

Pero nunca imaginamos que fuera tan pronto, con esa rapidez desconcertadora de lo inesperado. Nos parecía que este hombre había conquistado después de tanto morir el derecho á la inmortalidad.

No ya la que desafía los siglos de la fama, sino también la otra perdurable de la carne, como un constante ejemplo de la eurythmia de los ademanes, las pasionales inflexiones del verbo y la movable máscara de los gestos precisos.

Y sin embargo, puso el pie en la barca que nunca retorna, en plena juventud, con aquella temblorosa emoción del misterio, de lo instintivo, de lo imprevisible, que le vimos salir tantas veces á la escena.

José Tallaví no ha cumplido los cuarenta años y ha sido su existencia tan pródiga, tan atraída por todos los vientos del espíritu que deja tras de sí ese silencio supremo de las extraordinarias sinfonías beethovenianas.

Sin embargo, más le ciñó el dolor la asfixiante armadura que le coronó de rosas la alegría. Acaso esta breve y triunfal temporada del teatro Infanta Isabel fuera el primer éxito que le satisficiera plenamente.

A Tallaví se le regateó el elogio ó se le prodigó inconscientemente. Soterradas iban las malas pasiones ajenas y le nublaban el aire las contrarias nieblas de los que le temían como un peligro futuro.

Hacían bien en temerle. Sobre el tablado de la española farándula nadie había pisado escenarios con más derecho á la gloria que José Tallaví. Muertos Calvo y Vico, fué él quien resucitó los impulsos románticos, las encendidas calenturas de la carne, quien supo abrir otra vez la jaula á los nobles leones de la tragedia.

Muerto Tallaví, tornará el teatro á ser lo que



El insigne actor José Tallaví, que ha fallecido en Madrid el día 20 del actual

FOT. BIEDMA

antes de su revelación en *Las vírgenes locas*; mejor aún, antes de su primera consagración en la breve temporada de la Princesa, cuando agitó la opinión con sus primeras representaciones de *Los espectros*.

Teatro de ingenio, de frivolidad, de picardía un poco burda, ó de sumisas adulaciones á la mediocridad de pensar.

Este teatro en que se complementan actores y autores sin ningún esfuerzo cordial, sin que les broten como heridas incurables su pasado emocional. Actores y autores contemporáneos juegan cuando más á los fuegos artificiales de la palabrería y mientras los unos escriben las obras de tal modo que no les oscurezcan el diálogo con el personalismo energético de su la-

bor, estos otros se destacan por la correctísima elegancia de su vestir, por la «tranquilidad de buen tono» con que se mueven dentro del escenario, no dentro de la obra.

Tallaví, además de hacer ese teatro de frack que se escribió para otros, hacía también el grotesco de las situaciones vodeviles-cas y de los polichinelas modernos, que llevan ocultas las jorobas de su sensibilidad. Pero hacía también el otro género inaccesible á los culpables de nuestra decadencia dramática. Porque ha sido el actor más proteico y más abdicador de su yo en los yos ajenos. De *Otelo* saltaba á *La Chicolaterita*; era hoy el vividor de *El gran tacaño*, y al día siguiente interrogaba la sombra infeliz del rey de Dinamarca. ¡Cómo reían las damitas de los vermús aristocráticos, las cómicas desventuras del señor de Caín, y qué honda huella dejaba luego en el espíritu al interpretar el padre de *Magda*, ó el Oswald de *Los espectros*.

Con los dedos de una mano pueden citarse las obras estrenadas por Tallaví. Casi ninguna ha sido un éxito. Precisamente porque el multiforme temperamento de Tallaví no podía ser clasificado en ese amañamiento que hace homogéneas á todas las obras escritas sin más ambición estética que aprovechar las cualidades físicas ó intelectuales de un actor.

En cambio elegía aquellas que no representarían solamente un simple triunfo de la vanidad, sino la reencarnación en uno de esos tipos universos que ligan las razas y pasan por encima del tiempo como á través de los horizontes. Y no obstante ahora que enmudeció para siempre y que sus ojos ce-

garon en el deslumbrador espectáculo del más allá, recordamos algo característico, inseparable, de Tallaví: Su voz y su mirada.

Era una voz dulce y bronca á un tiempo mismo, que salía lánguidamente, que antes de crisparse en rugidos sensuales ó de tartamudez en las agonías, daba la sensación de una fontana oculta, á cuyo rumor Venus acudía.

Su mirada parecía no ver. Tenía la fijeza extática de los místicos. Parecía rubricar la aspiración idealista de su cuerpo erguido sobre la punta de los pies.

Ultimamente su actitud era la de un hombre que se oía llamar desde la otra ribera del Leteo...

José FRANCÉS



CAMARA-FID

José Tallaví, en "Hamlet", una de sus más admirables creaciones

LOS HIJOS DE LOS REYES



El príncipe de Asturias S. A. R. D. Alfonso, paseando á caballo

POT. FRANZEN

Un *sport* de rancio abolengo y de noble prosapia es, sin disputa, de entre todos los que hoy se practican, el de la equitación. Este *sport*, difícil, gallardo y esencialmente viril, ha constituido en todas las edades un ejercicio aristocrático y superior, en el que han intervenido episodios, aventuras, trágicos sucesos é inmortales triunfos y glorias, de guerreros, príncipes, héroes y artistas, que han legado á la historia de los hombres páginas de grandiosa bravura ó de increíbles audacias realizadas y logradas

por el dominio del arte de la equitación. En la mitología griega y aun más anterior, en la religión India de Vichnú y en el antiquísimo imperio de los artecas, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, obsérvase el dato curioso de que algunas divinidades y dioses de estos pueblos, eran honrados por parte de los mismos con el calificativo de «excelentes jinetes», lo cual demuestra cuan estimada y envidiada ha sido siempre entre los humanos el arte de la equitación.



CREPÚSCULO

Al declinar la tarde sensual de primavera,
entre incienso de rosas y azahares y jazmines,
mis ensueños recorren la paz de los jardines
cabalgando en el regio corcel de la quimera.

Se desliza á occidente la carroza de lumbre
del sol—lluvia dorada con clara pedrería—,
hostia de oro que aguardan para su Eucaristía
las vírgenes de nieve que viven en la cumbre.

Es la hora del crepúsculo de la tarde, lo mismo
que una estrofa en que riman el sentimentalismo
del amor y el deseo que en la carne palpita...

En esta hora romántica, misteriosa y silente,
en oriente la luna y el sol en occidente
son fieles amadores que acuden á la cita.

Dolorosa es la cita de los dos amadores:
las ramas y las flores, medidas por la brisa,
entrechocan, se besan; escúchase la risa
que al rozarse producen las ramas y las flores.

Las aves se reclaman; la primavera empieza
y el placer y el amor santifican el beso...

El mundo está en las redes de los amores preso...
Es el sagrado triunfo de la Naturaleza.

Solo el sol y la luna por el mismo camino
van marchando, cada uno cual triste peregrino,
arrastrando la carga del dolor tan profundo

de perseguirse siempre, de llegar á encontrarse,
de andar eternamente sin que puedan besarse
desde el primer latido del corazón del mundo.

JOAQUÍN DICENTA (*hijo*)

DIBUJO DE PENAGOS

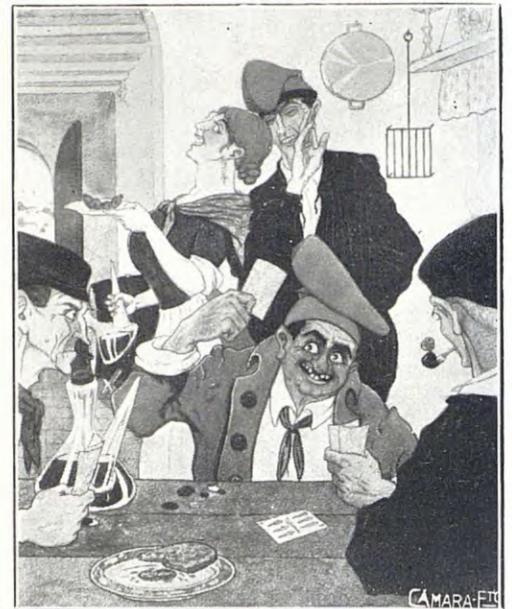
EL PRIMER SALÓN DE HUMORISTAS DE BARCELONA



"Deportistas", caricatura de Ramón Jou



"Vallmitjana y Morera", caricatura de Jaime Passarell

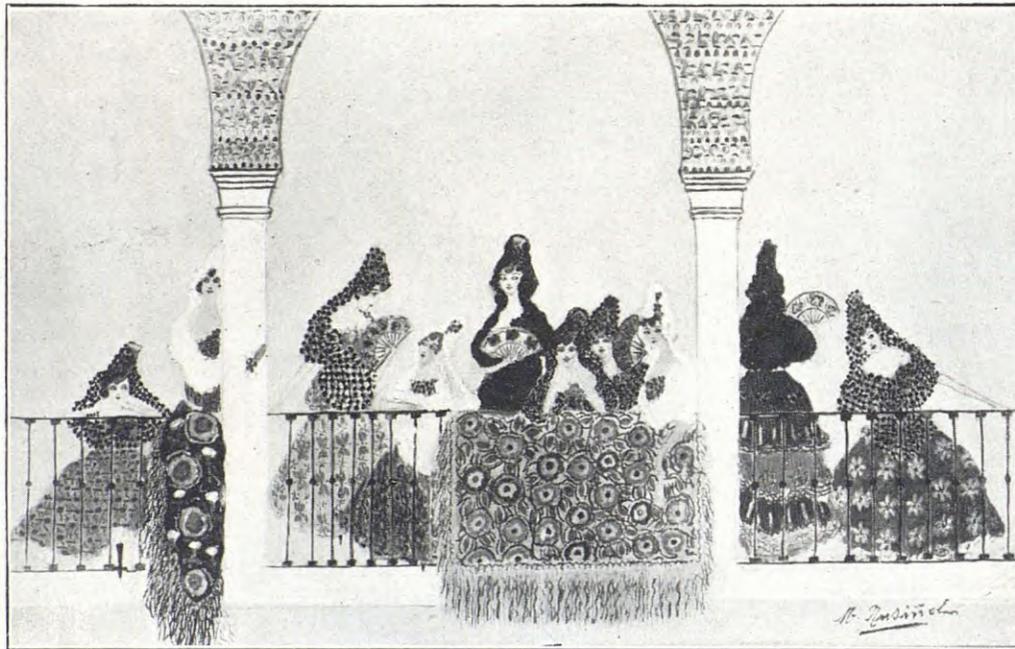


"Juegos de azar y de amor", por Grau Miró

Yo no sé qué pensarán los señores que se obstinan en decir que no existen humoristas ni caricaturistas españoles; ignoro si tendrán la noble sinceridad de confesar su equivocación indiscutible cuando vean que, a pesar de sus afirmaciones, tan faltas de solidez, responden los humoristas españoles con exposiciones cada vez más numerosas é interesantes, y con nuevos nombres de caricaturistas en los periódicos ilustrados.

Ahora, por ejemplo, se celebra en Barcelona el *Primer Salón de Humoristas*. No se trata de un intento más ó menos afortunado. Es ya una realidad. Sirve para demostrar cómo la caricatura española ha llegado á su plena madurez.

Después del éxito del



"Palco en los toros", caricatura de María Rusiñol

Salón de Humoristas en Madrid, llega el éxito del *Salón de Humoristas* en Barcelona.

Débase la organización de este último al entusiasmo infatigable del caricaturista Juan Grau Miró que es también un excelente crítico de arte como lo atestiguan sus crónicas del *The Studio* de Londres.

Tres salones de gran amplitud constituyen el local de la Exposición. Han concurrido más de cincuenta expositores y asciende á cerca de cuatrocientas las obras presentadas.

Estas tres salas se subdividen á su vez en varias secciones: *Caricatura retrospectiva catalana*; *Caricatura contemporánea catalana*; *Caricatura madrileña*; *Caricatura internacional* y *Curiosidades*.

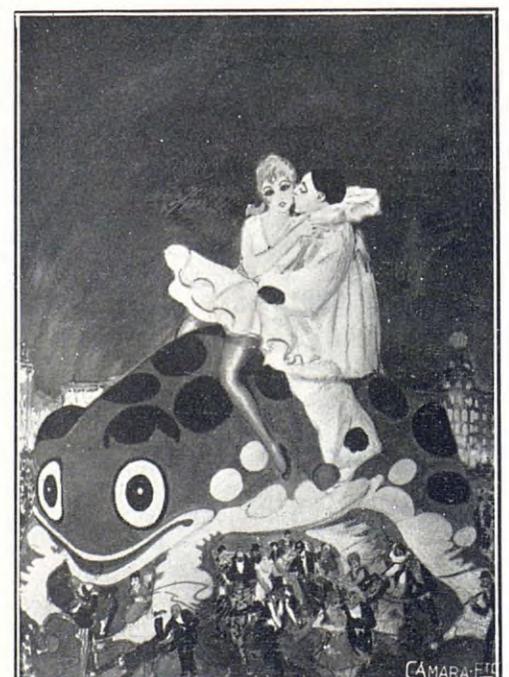
Para la caricatura re-



"Socios en comandita", caricatura de J. Xaudaró



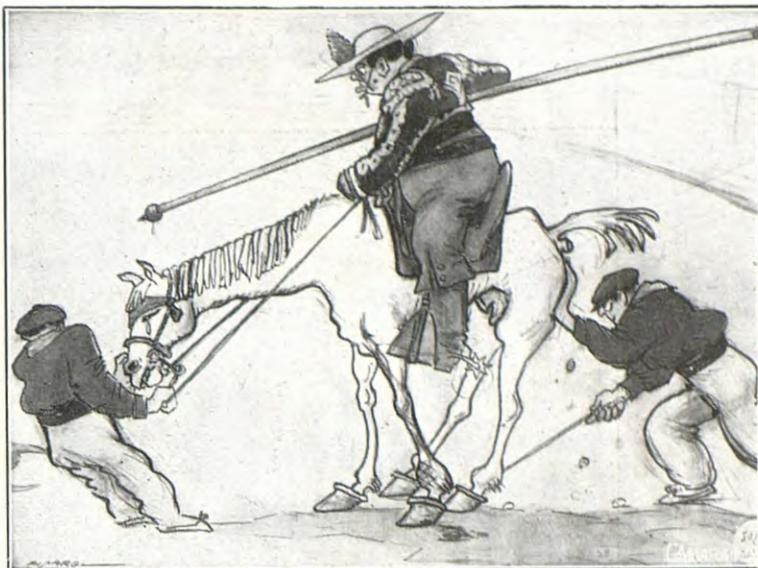
"Otoño", caricatura de "Apa"



"Carnaval", caricatura de José Porta



"Página bíblica", dibujo de Pedro Prat



"¡Al toro!", caricatura de Picarol

prospectiva catalana. han recurrido los organizadores al magnífico archivo de *La Esquella de la Torratxa*. Nadie, en efecto, tan rico en documentos de este género, como Antonio López, el editor de *La Esquella* y *La Campana de Gracia*. Por sus periódicos han desfilaro, desfilarán y desfilarán cuantos caricaturistas catalanes han existido, existen y habrán de existir en lo futuro, porque para bien del humorismo y de otras cosas no menos necesarias, *La Esquella* no morirá.

Figuran en la sección retrospectiva dibujos de Moliné, Mariano Foix, José Luís Pellicer, Pellicer Montseny, Gómez Soler y Llobera. Realmente estos dibujos nos dejan un poco fríos a los hombres de hoy. Solamente Foix con sus presentimientos decorativos y Pellicer «el bueno» con su impecable corrección de dibujante, podrían competir con estos artistas de ahora que llenan la sección de la caricatura catalana.

Aquí encontramos desde los maestros del género, hasta los más barbilampiños y moceriles dibujantes que ahora comienzan a burlarse de la vida sin conocerla todavía lo bastante para odiarla.

Es una magnífica manifestación de lo que actualmente significa el humorismo catalán. En la imposibilidad de citar a todos cuantos exponen, limitémonos a celebrar *Otoño*, de Apa; las notas políticas de Cornet; la caricatura del pintor Padilla—por la que en un rasgo de humor, pide su autor 150.000 pesetas—de Picarol; *Zoología*, las caricaturas de Grau, y Moína y su autocaricatura en yeso, de Bon; las caricaturas personales de Passarell, *Viejo* y *Nuevo* y *Decoración de un teatro infantil*, de Jun-

ceda; *Sociedad en comandita*, de Xaudaró; las caricaturas personales de Ele; *Carta a Mimi*, *No miren* y *No toquen*, de Farré; *Noche de estío*, *La Partida* y *Mademoiselle X*, de Javier Güell; *Juegos de azar* y *juegos de amor*, *Sueño de una noche de verano* y *Los grandes negocios*, de Grau Miró; *El juicio de Paris*, *La Mare de Deu*, *Març Marçot* y *La pastorcilla*, de Prat; *Madrigal* y *El señor Fidel piensa en su mujer*, de Anem, el hermano menor de Apa; *Baile de Hampa* y *Presentación*, de Pal; *Les derniers montmartrois* y *Rue Lapic*, de Opisso; *Tango* y *Cabeza decorativa*, de Roqueta; los dibujos de María Rusiñol, hija del ilustre pintor de *Los jardines de España*; *Equitación*, de Remigiús; algunos dibujos políticos de Brunet; *Claro de luna*, de Hola; *Deportistas*, de Ramón Jou y *Romanones* y *Borrás*, de Luís Fernando.

De Madrid han acudido con obras dignas de su prestigio. *Echea*, Fresno, *K-Hito*, Bartolozzi, *Tito*, Alcalá del Olmo, D'Hoy, Ibáñez, Galván, Antequera Azpiri, Castillo y algún otro.

En *Curiosidades*, figuraban unos muñecos muy graciosos de Luís Barrillón y de Francisco Ribes.

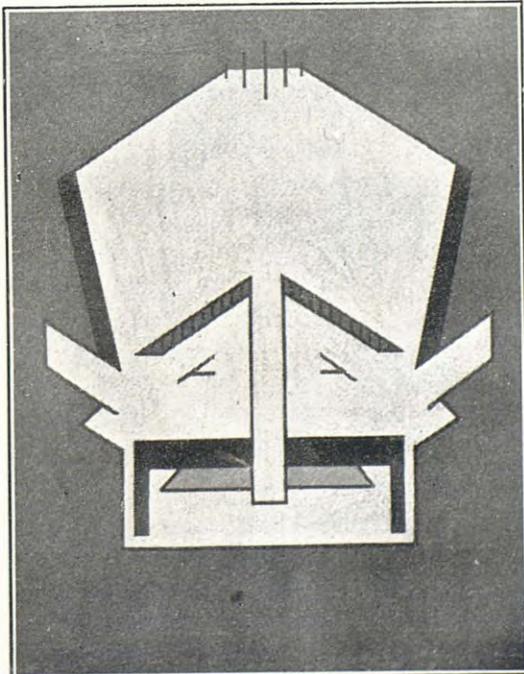
Por último, la sección internacional, aunque no muy numerosa por la condición impuesta por los organizadores de que no se aludiese a la guerra europea, era bastante interesante y en ella se veían, entre otros, dibujos del francés Leandre, del portugués Joao Peralta, del turco Nassouhi Bahri, y unas graciosas cabezas hechas con castañas por Mlle. Loiseau Rousseau, representando tipos franceses contemporáneos.—S. L.



"¡Si le duele, dígalo claro!", caricatura de "K-Hito"



"Zoología", caricatura de "Bon"



"Romanones", caricatura de "Luis Fernando"



"Tortola Valencia", caricatura de "Ele"



Es la madrugada de un sábado. En la plaza del Progreso, esquina á la calle de Jesús y María, Paca, la «Motas», rige y gobierna un puesto, en el que se sirve té, aguardientes y una cosa de color carminoso, que ella, la «Motas», jura, por sus muertos, ser morapio de lo mejor.

Pululan en derredor del establecimiento, á modo de zánganos en colmena, cuatro ó seis chulos desarrapaos; dos muchachas de poco pelo, negro y rubio, respectivamente, que esperan—las pobrecitas mías—á que suene la hora de abrir sus portales, y un borracho, tipo entre carretero y mozo de mulas, que es mirado con hostilidad por un sereno, gallego del todo.

Para dar amenidad al cuadro, aparece de tarde en tarde—siempre importunamente—una pareja de guardias, que, aunque parezca mentira, no son de por alá. Hay ruido y chacota en abundancia. Lo que no hay es dinero.

Un reloj da las cuatro. Comienza el sainete.

LA MOTAS (á un chulo que se acompaña por una mujer rubia).—¿Qué vá á ser?

UN CHULO.—Dos de tramilla. Quiero convidar á esta buena señora.

LA RUBIA.—A mí de lo flojo.

UN CHULO.—¡Cobra...!

LA MOTAS (examinando la moneda).—¿No tié usté otra peseta?

UN CHULO.—Nó. ¿Qué pasa?

LA MOTAS (con sorna).—Pasa, pues que no pué pasar. Es de plomo...

UN CHULO.—¿Qué vá ser? Esa beata es de las buenas.

LA MOTAS.—Deme otra y arreglaos. A mí no me gusta.

UN CHULO.—Pues tié que gustarte.

LA MOTAS (con acritud amenazadora).—Me nos conversa. ¡Vengan los diecitos!

UN CHULO.—¡Que nó!

LA MOTAS.—Que sí, ó llamo á un guardia.

LA RUBIA.—¡No discutas!

UN CHULO (persuasivo).—La fuerza armá, pa la guerra; en los conflictos industriales no hay que ser belicoso. ¡Venga la casilda! Tú, Rubia, paga que no llevo suelto. (La aludida tira sobre el tablero una moneda de diez céntimos).

LA RUBIA (en voz baja y alejándose del establecimiento).—Ya te lo he dicho antes; están pero que muy mal hechas.

EL CHULO.—Pues ya hemos largao catorce, que á cincuenta de comisión, hacen veintiocho puntos. ¡Un jornalito!

LA RUBIA.—¿Dónde vamos ahora?

EL CHULO.—A la taberna de Felipe...

LA RUBIA.—Nó, que ese las muerda. Mejor es que visitemos á la churrera del Olivar; es medio cegata.

EL CHULO.—Pues andando. Oye, fijate en si nos sigue algún tizo. Esa tetera no es de fiar.

LA RUBIA.—¡Tóo duerme!

(Sigue la pareja calle de la Magdalena adelante).

EL CHULO.—¡Miá tú que si nos echanen la uña...!

LA RUBIA.—Por un por si acaso, no te olvides que la alcantarilla cae al lao izquierdo.

EL CHULO.—¿De qué? ¡Servidor conoce tóos los buzones...!

(Cerca del puesto de bebidas conversan unos hombres en voz baja. Es «El Maño» y su consocio, dos respetables discípulos de Caco).

EL MAÑO.—¿Cómo vá eso?

EL CONSOCIO.—De primera. Saltemos la cerradura y saquemos la carga que está en el portal. Solo falta que el «Asturiano» dé el concierto.

EL MAÑO.—¿Y la «Toledana»?

EL CONSOCIO.—Por la Esgrima dando coba á los guiris.

EL MAÑO.—¿Ha llegado el carro?

EL CONSOCIO.—En Relatores espera.

EL MAÑO.—Pues á tomar la fila. Si hay mirón, pita...

(Sepáranse los ladrones. El sereno de Progreso, alterna con unos paisanos frente al mostrador de «La Motas»).

EL SERENO.—¡Lus Dardanelus no lus pasan...!

PAISANO 1.º.—¡Sí los pasan!

EL SERENO.—¡No lus pasan! Pa eso hay lus sunarininos ¡pum... pum...! y destroyeres á pique.

PAISANO 1.º.—¿Y los airoplanos? ¿Eh?

EL SERENO.—¿Y las minas de agua?

PAISANO 1.º.—¡Bah! ¡Los pasan!

EL SERENO.—¡No lus pasan! (A «La Motas»). Danus otras...

PAISANO 1.º (á idem 2.º).—¿Tú que dices?

PAISANO 2.º.—¿Yo? Aguardiente...

EL SERENO.—¡No lus pasan!

PAISANO 1.º.—Ven acá y razona... La calle de Mesón de Paredes, pongo por comparanza, es el estrecho...

EL SERENO.—¡Bien! Sigue...

PAISANO 1.º.—El café del Vapor, es un barco

aliao. ¿Eh? En la casa de Lillo hay un fuerte; en la aguardentería de Juanelo, también hay fuerte...

LA MOTAS (al estratega).—¿Usté que toma?

PAISANO 1.º.—Los Dardanelos... Digo, Monóvar.

EL SERENO (riendo).—¡Un criz por cuo! Sigue...

PAISANO 1.º.—Dispara el vapor y como no hay municiones en casa de Lillo, la toman...

EL SERENO (nervioso y agresivo).—No sabes lo que te pescas...

PAISANO 1.º (tras beber).—Te digo que la fortaleza cae.

EL SERENO.—¡No la toman!

PAISANO 1.º.—¿Que nó? ¡Vamos á verlo! ¡al terreno! (Vanse disputando hacia la calle de Mesón de Paredes).

LA MOTAS (que es francófila).—¡Vaya si la toman...!

(Hay un instante de calma, cruza una pareja; después un borracho, que no es otra cosa que un actor del drama policiaco que se representa en un portal vecino).

EL.—¿Me dejarás subir?

ELLA.—En cuanto salga pondré al balcón un pañuelo encarnao.

EL.—Ese color significa pasión... ¿Verdad tú?

ELLA.—¡Y banderillas de fuego...!

(Siguen su camino).

EL BORRACHO (queriendo abrazar á la morena).—¿Oye, zurriaga, me convidas?

LA MORENA.—Agüeca, sóo... pelmazo.

EL BORRACHO.—¿Que interjección es esa? Ó retificas ó te arrimo un mandao...

LA MORENA (huyendo).—¡Déjame!

EL BORRACHO.—Ven acá...

LA MORENA (desprendiéndose del buen actor).—¡Que me dejes!

EL BORRACHO.—¡Razona!

LA MORENA (dándole un empujón).—¡Pesao!

EL BORRACHO.—¡Coces nó...! (Hay un instante de lucha. La mujer chillá; el hombre la acosa; suena después una bofetada que semeja un cañonazo y un lloro que parece un gruñido).

LA MORENA.—¡Canalla! ¡Cobarde!

EL BORRACHO (dando bofetadas que enumera):

¡Esta... por que sí,
Esta por tu agüelo,
Esta por tu tía,
Y esta... porque quiero!

(A las voces de ¡Socorro! y á los chillidos de la castigada, acude gente, y más tarde, los de seguridad).

EL 143.—¿Qué pasa aquí? ¿Por qué pega usted á esta sujeta...?

EL BORRACHO (que lo representa á maravilla).—¡M'ha faltao, señor de guardia! ¡M'ha dicho... sólo pelmazo...!

EL 341.—¡Vaya una cosa...!

EL BORRACHO.—Lo de pelmazo pase, pero... ¿y lo de sólo...?

EL 143.—¿Cómo se llama usted?

EL BORRACHO.—Meterio...

EL 143.—¿Que más?

EL BORRACHO.—Pérez Olivar y Matamoros.

EL 143.—¿Oficio?...

EL BORRACHO.—Cuadrero. ¡No de los que hacen cuadros, de los otros...! Vamos, pa que me entiendan; mozo de cuadra... pa servirles.

EL 143.—¡Pobres caballerías!

EL BORRACHO (cayéndose sobre la autoridad).—¡No sé por qué...!

EL 143.—No tendrán ni pienso...

EL BORRACHO.—¡Ya quisiera usted lo que á ellas le sobra...!

EL 143.—¡Silencio! (Al 341). ¿Qué hacemos tú?...

EL 341.—Lo que quieras.

EL 143.—Le llevaremos á la preven... ¡Así dormiremos un ratito!

EL 341 (al borracho).—¡Eche usted p'ante!

EL BORRACHO.—¡Ah! ¿Pero detenido?

EL 143.—¡Eche usted p'ante!

EL BORRACHO (resistiéndose).—¡143, esto es un atropello! ¡341, esto es una burra!

(Párase el borracho y muy serio mira á los cascós de los guardias, luego sonríe, mas luego ríe con fuerza, y al final exclama):—¡Qué casualidad! ¡Qué coincidencia! ¡143-341! ¡¡Capicúa...!!

(Los del orden, amoscados, llévanle á empu-

EL CONSOCIO.—Están.

EL MAÑO.—Pues pira... (Al Asturiano que llega en aquel instante).—Ya hemos eliminado á los del casco; tú ahora con los serenos...

(El Asturiano que es un muchacho recio y coloradote, vase cantando bajito por la calle que dicen de la Espada).

EL MAÑO (á «La Motas»).—Paca, dame de beber.

LA MOTAS.—¿Qué tomas?

EL MAÑO.—Té, como los de postín. ¿Has visto por aquí á la toalla?

LA MOTAS.—En toa la noche han pareció.

EL MAÑO.—¡Gracias! (Arroja unas monedas sobre el tablero). Con lo que sobra, convidate.

LA MOTAS.—¿Hay choro?

EL MAÑO.—Lo hay. (En voz baja). Ahí enfrente, en el 52. Si vieras asomar algo de cuidao, ya sabes, rompes un vaso contra la acera.

LA MOTAS.—¡Precisamente tengo uno rajao!

EL MAÑO.—Ese no; no suena... Tiras uno de los buenos, de los finos... ¡Se abonará!

LA MOTAS.—¡Qué cosas tienen!

EL MAÑO.—Ya sabes. ¡Voy á ello!

LA MOTAS.—¡Suerte!

EL MAÑO.—¡Gracias!

(La calma es grande. Un carro que desemboca por Relatores, llega hasta un portal que abren con sigilo. De la calle de la Espada sale una clara y dulce voz que entona una «asturiana»).

LA VOZ.—«Paxarinos que ufanos y alegres cruciais la praera, y esnaléis pe los aires llixeros camín de otra tierra, si alcontráis al mio flu del alma, deci-i que se güelva que so madre, que él tanto quería tá muerta de pena...»

(La cantata que parece lloro de un alma triste, y es dicha por el «Asturiano», lamento es que sale de la sombra).

canción oíla yo otra vez allá por xunto á Langreo!

EL COMPAÑERO.—Fay pa diez años que de camín á Mieres, cantómela una rapacina de la Pola.

OTRO VIGILANTE.—¡Los vieyos de mi tiempo ya la sabían! ¿Vamus más cerca?

EL COMPAÑERO.—¡Vamos!

(Todos rodean al cantaor. Pídenle «la soberana», «la cabrales», la canción de «las tres peirines», y el «Asturiano» canta y canta sin cesar. Tengo para mí, que olvidándose de sus camaradas, dijo en cantares su amor á la tierra).

EL MAÑO (en voz baja á la vendedora).—¿Te gusta como canta?

LA MOTAS.—¡Ah! ¿Eras tú? ¿Ha salido bien el negocio...?

EL MAÑO.—¡Ya no rompas el vaso!

LA MOTAS.—¡De verdá que canta como los ángeles!

EL MAÑO.—Es el mejor reclamo pa los serenos; por eso le tengo en la partía.

(En el extremo opuesto de la tranquila plaza ábrese un balcón. Una figura de mujer grita: ¡Ladrones! ¡Socorro! Pero nadie le dá oídos, todos se hallan pendientes del cantaor de «asturiana» que en aquel momento entona con suavidad de terciopelo y trémolos de dulce remanso, la bella canción que dice):

Soy de Langreo,
¡mira que soy de Langreo!
¡mira que soy langreano
y llevo mi corazón,
y llevo mi corazón,
en la palma de la mano...!

(Ruedan por la noche cinco sonoras campanadas).

LA MOTAS (bostezando).—¡Las cinco! Pronto será de día...



jones por la calle de Jesús y María. La castigada llora apoyada en la verja que rodea el jardín sobre el que se levanta la estatua de don Juan Mendizábal).

EL MAÑO (saliendo de la sombra).—¡Eso sí que es hacer borrachos! ¡Ni Julio Ruiz!

LA MOTAS.—¡Ah! ¿Pero... nó...?

EL MAÑO (al consocio).—Avisa á Paco: el tulinamero de Cabeza 21, pa que vaya de fiador...

EL CONSOCIO.—¡De seguida!

EL MAÑO.—Y de pasó dí al carro que se acerque... ¿Están todos?

LA MOTAS (emocionada y entusiasmada).—¡Que bién canta el ladrón!

(Sigue la romanza. A su conjuro, ocurre una cosa emocionante. En la oscuridad, brillan los faroles de los serenos que, como atraídos por imán, se acercan aprisa, muy aprisa... Son cuatro, seis; todos los que han oído el cantar; todos los que despertando al recuerdo de la patria chica olvidan un momento el deber, en gracia á una emoción).

UN SERENO (al compañero).—¡Bachin, yesa

EL MAÑO.—Dame el té; quiero tomarlo á la hora de los elegantes...!

(El «Asturiano» repite los últimos versos):

...
y llevo mi corazón
en la palma de la mano...!

(La mujer grita. Otro reloj dá la hora. Por Oriente, comienza á clarear).

FERNANDO MORA

DIBUJOS DE DHOY

LA SANTA RUSIA



El Palacio y Templo del Kremlin, en Moscou

CRUZÁBAMOS la enorme avenida, la Perspectiva Newsky, con sus hermosos edificios, sus amplias aceras, su tráfago ruidoso de innumerables coches, su vario y pintoresco ir y venir de gentes, entre las que se mezclaban los brillantes uniformes de los oficiales del Zar con los pintorescos trajes regionales, los campesinos de Perm y de Viatka, los moujiks de Smolensk, las mujeres de Kouba con sus altas tiaras y los turcomanos y los cosacos de las orillas del mar Caspio. Mirábamos asombrados el espectáculo de aquella grandeza que nada tenía que envidiar á la de París ó Londres, Berlín ó Viena. Y mi amigo me preguntó:

—¿Concibe usted el alma de esta raza? ¿Parece posible ni lógico que esta gran urbe, esta inmensa nación esté sometida á un régimen absoluto, dependa de la voluntad de un Zar?

—Mi amigo quedóse perplejo y me repuso.

—No; no lo concibo... Y, sin embargo, el absolutismo es la única fuerza de cohesión que puede sustentar al Imperio. Las guerras, con adversa suerte, podrán ir arrebatándole territorios. El Japón podrá darle una nueva dentellada en la Mandchuria; llegará China á liberar la Mongolia; Persia redimirá el Turquestan; Alemania reconstituirá á Polonia; Suecia hará resucitar á Finlandia; pero con todas estas desmembraciones, Rusia seguirá siendo la Santa Rusia que guía el Zar como á un rebaño. Lo único que la destrozará, que la deshará en sabe Dios cuántas nuevas nacionalidades, es la libertad.

El día en que el moujik no sienta ante la visión del Zar, que las piernas le flaquean y las rodillas se le doblan, habrá acabado la historia de Rusia.

Esto sólo explica el que muchos hombres cultos, verdaderos sabios de este país, sean absolutistas y cierren los ojos tercamente ante los males de este régimen.

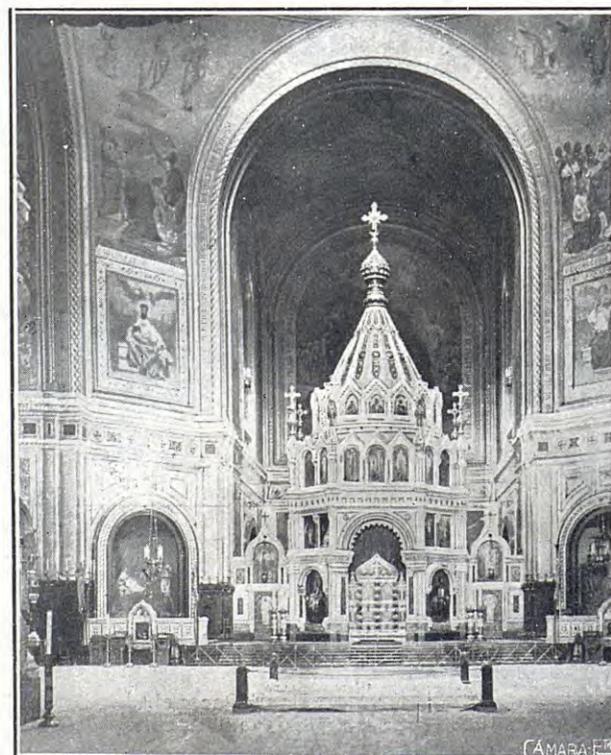
Prefieren una patria grande á una libertad chica, que no hay democracia en el mundo donde la libertad no sea una cosa convencional, aparente y arbitraria.

Así, en nuestra España, como se ha enseñado á las gentes á creer que absolutismo es sinónimo de barbarie, se tiene de Rusia un concepto equivocado. Porque, ¿podríamos comparar nuestro Madrid ó nuestro Barcelona á San Petersburgo ó á Moscou?

Esta urbanización, esta vida social, este tráfico, ¿no corresponden á un tipo de cultura que está por encima del nuestro? ¿Hay nadie ya entre los universitarios de nuestra tierra que crea que la Universidad española ignora á la rusa en organización, en intensidad de trabajo, en abundancia y madurez de frutos? ¿Y se quejara, acaso, que comparemos la libertad de la mujer en aquel nuestro país y en este? Porque, en suma, cuando se viaja mucho es cuando siente uno vacilar sus convicciones y sus creencias. Y una de las ideas que en mí se ve asaltada por las más tremendas dudas, es esta: ¿Qué es la civilización? ¿Es cultura? ¿Es justicia? ¿Es bie-



La iglesia de la Ascensión, en Moscou



La iglesia del Salvador, en Moscou

nestar? ¿Es derecho? ¿Es todo eso junto y amalgamado en un apacible y gustoso y abundoso vivir en que el hombre ve todas sus necesidades satisfechas? Todo ello es muy discutible porque, ¿qué diferencia hay entre el miserable y corrompido vecino de los suburbios de Londres y el labriego súbdito del Zar? Y si aceptamos la idea de que la civilización en sus aspectos de bienestar y de cultura no ha podido llegar todavía a las capas sociales inferiores, y es preciso limitarla a ser el régimen de libertad de las clases medias, ¿cómo se concibe que sea posible alcanzar todas las formas exteriores de la cultura y de la riqueza en una organización de esclavitud política?

—Se concibe—repuse poniendo término a la cháchara de mi amigo—teniendo en cuenta que lo que sujeta a este pueblo no es una cadena material, ni una ley cruel, sino una fe en la que se mezclan las creencias religiosas con las supersticiones políticas. Se concibe leyendo a sus escritores, en los que la exaltación mística llega a extremos inconcebibles. Se concibe viendo sus iglesias suntuosas llenas de riquezas. El mismo nihilismo es un retroceso a las primeras sectas cristianas que luchan contra los poderes tiranos... Así, cuando la fe falte a este pueblo, se deshará como espuma la espantable fortaleza de este gran imperio...

Apenas se concluiría este diálogo cuando mi amigo y yo nos encaminábamos al famoso museo que llaman del Ermitage, y que los castellanos debemos llamar, a mi parecer, del Ermitorio ó Eremitorio, y donde habíamos de ver buen número de cuadros españoles que no conocíamos—Velázquez, Murillos, Herreras, Riberas, Ribaltas, Roelas y otros muchos—si en las largas horas de tren, caminando desde Varsovia hacia el Norte, no hubiésemos leído un artículo publicado en una revista francesa, por nadie menos que por Onésimo Reclus, en el que se hacían reiteradas comparaciones entre Alemania y Rusia. Esto era en los primeros días de Julio de 1914. Más que su calidad de geógrafo nos inducía a deducciones en el trabajo de Onésimo Reclus su respetada fama de anarquista. No comprendíamos, no entendíamos bien, aunque pocos días antes se había consumado el asesinato de los príncipes austriacos en Sarajevo, que un anarquista como Reclus analizara friamente los músculos de la Santa Rusia como si su fuerza anonadadora fuera el secreto y la seguridad de la guerra que se deseaba.



El Museo histórico y la estatua de Gorod, en Moscu

Nosotros, españoles, que habíamos visto cómo a España se la llevó a la guerra con los Estados Unidos diciéndole que éstos no tenían escuadra, ni tradiciones militares, ni espíritu de honor, y que era un pueblo de despreciables tocineros de Chicago, no podíamos concebir que con Francia, en el más extremado grado de civilización, se hiciera lo mismo. Se nos antojaba que toda la autoridad científica de un Reclus, aunque no fuese Elíseo, sino Onésimo, no podía ponerse al servicio de un *patrioterismo* engañoso, porque todo el artículo venía a decir entre líneas: «La Santa Rusia aplastará a Alemania». Así no se elogiaban en Rusia precisamente aquellas apariencias de grande y libre y culta nación que nosotros, viajeros, admirábamos en la grandiosa Perspectiva Newsky y en sus universidades y escuelas y museos y bibliotecas y hasta en sus iglesias, que para mí la fe, tener fe, poder sentir una fe, es signo de grandeza de alma y de cultivado espíritu.

Lo que Reclus admira en Rusia es las proporciones de su natalidad: «Alemania—dice el sabio anarquista—no cesa de proclamar, de vociferar su eflorescencia de vida: 700.000, 800.000 ó 900.000 alemanes más cada año. A cada censo decenal comprueba que ha adquirido dos veces más millones de almas que Francia ha ganado de pobres centenas de millar. Desde los días de Sedán ha pasado de 40 a 65 millones, y entre tanto nosotros no hemos reforzado nuestra población más que con algo menos de cuatro millones. Es verdad, pero del lado allá tiene Alemania a su *enemigo hereditario*, al Imperio de todas las Rusias, que cada año da al Zar de dos a tres millones de rusitos. La natalidad germánica está en descenso, mientras que la rusa no decrece. De cuarenta nacimientos por mil habitantes que los alemanes tenían han bajado a treinta. Los tiempos exuberantes que precedieron y siguieron a la *guerra victoriosa* parecen destinados a convertirse, en dos ó tres generaciones, en los tiempos de la esterilidad. Pero los rusos conservan bravamente su cifra de 45 nacimientos por cada 1.000 habitantes. Frente a frente—así escribe un anarquista—de los 65 millones de hijos é hijas del Deutschland (Alemania), la *Santa Rusia* alinea próximamente 170 millones, con una potencia de crecimiento bastante rápida. En 1859 no contaba más que con 24 millones y en 1897 tenía ya 129 millones...»

Y todo el artículo sigue siendo un tenaz paralelo entre las dos naciones enemigas tradicionales... ¡Y esto cuando la guerra ruge, cuando ronda las cancillerías y exalta a los populachos!... En Rusia aquellos días todo estaba en paz. La censura impedía que las noticias de la contienda diplomática perturbaran la alegría de la Perspectiva Newsky. En cambio París vociferaba, cantaba... Así Rusia fué llevada a la guerra como una manada ciega.

... Y nosotros vemos esto ahora en la preocupación que comienza a apoderarse de las clases directoras de la Santa Rusia. No hay en el Imperio absolutista otra opinión más que la de ellas; el pueblo no piensa, no siente, no quiere; tiene su fe puesta en el Zar, en el *Padrecito*, á quien Dios ampara y aconseja; la clase media, aun perdida la fe, conserva el hábito de la disciplina á que estuvo sometida durante muchos siglos. Nada encarna tan bien el alma rusa como la doctrina de Tolstói de no resistir al mal, de no combatirlo, de aceptarlo y padecerlo como la prueba en que el alma humana se purifica y se prepara para entrar en el cielo.

...

...

MÍNIMO ESPAÑOL



La iglesia de la Resurrección, en Petrogrado



La gran campana del Kremlin, en Moscu. (Pesa 200 toneladas)

DEL TRISTE ÉXODO SERVIO



CONVOY DE HERIDOS SERVIOS, DIRIGIDO POR ENFERMERAS DE LA CRUZ ROJA INGLESA. CAMINO DE ESCUTARI, A TRAVÉS DE LAS MONTAÑAS DE ALBANIA, CUBIERTAS DE NIEVE

Dibujo de

F. Matania

MOMENTOS HISTÓRICOS

DONDE SE PERDIÓ TODO, MENOS EL HONOR

24 de Febrero de 1525

Estos tiempos de crueles contiendas y bélicos sucesos en que Europa se horada y deshace, parecen á propósito para traer á cuento y recordación otros hechos pasados que viven en el añoso santuario de la Historia.

Parece que la crónica dellos distrae un poco el dolor vivido que causan los presentes.

De mí sé decir que, haciéndoles memoria por entre las páginas en que hubieron de quedar asentados, no me entristece tanto de estos de ahora la realidad que pudiéramos decir palpable.

No sé cómo se las arreglaban aquellos regios parientes Carlos y Francisco, monarca el uno de España y de Francia el otro, que siempre anduvieron á la greña, arrastrando tras de sí cada cual á la nación que gobernara.

Por tela principal de su contienda tomaron los magníficos campos de Italia, y sobre ellos corrió con la abundancia del agua sangre de las más principales casas de Europa, revuelta con la de heroicos soldados y famosos bandoleros, que un poco de cada cosa solía componer por el entonces el grueso de cada ejército. Aunque tocando el capítulo de guerras, todos los tiempos, así los pasados y los presentes como los que están por venir son uno y el mismo, y de igual manera habrá á la hora desta en los ejércitos beligerantes muy buenos facinerosos y muy sufridos soldados.

La que más honda huella ha dejado de cuantas batallas libró el emperador contra el rey caballero, su primo, fué la de Pavía.

Della únicamente sin entrar antes por vía de prólogo en los orígenes de la contienda (que de puro sabidos á buen seguro que has de tenerlos olvidados), quiero hacerte crónica, amigo lector, dándome licencia...

Desde el mes de Octubre de 1524 hallábanse las fuerzas de Antonio de Leiva encerradas en Pavía y cercadas por los franceses pasando mil apuros y calamidades, pues si no eran la fe y la voluntad, todo comenzaba á faltarles.

Pensaba sin duda el monarca francés que por hambre se habrían de rendir, y si en los españoles no tenía puesta enteramente la confianza de que tal sucediese, fiaba en los regimientos mercenarios que voluntariosos y faltos de amor patrio, pues no eran más de peones á jornal, en cuanto faltasen las pagas ellos mismos habrían de dar el triunfo á las armas francesas.

Pero he aquí que esto pudo solucionarse heroicamente merced á la bravura de dos alféreces de las huestes de Lannoy y Pescara, los cuales, disfrazándose de labradores, consiguieron cruzar el campo francés y entrar en Pavía con el socorro más preciso para entretejer el descontento de los tudescos.

Las tropas de estos dos generales, no más abundantes de vituallas y dineros que aquellas á quienes enviaban socorro, comenzaron á movilizarse hacia la plaza sitiada.

Diz que pocos días antes había recibido el marqués de Pescara un arrogante reto del rey Francisco en el que ofrecíale doscientos mil escudos si se atrevía á darle la batalla.

A lo que con mucha sutileza hubo de responderle el general de Carlos I:

—Decid á vuestro rey que si dineros tiene no piense en derrocharlos inútilmente, pues yo sé que muy pronto los habrá de menester para su rescate.

Y estas palabras, que también parecieron de



CARLOS V

una desmedida arrogancia, no fueron sino una certísima profecía.

Tomó el marqués el sistema de reposar durante el día é incomodar en la obscuridad de la noche á las vanguardias del rey galante, pero ello sin que pasara de una especie de simulacro.



FRANCISCO I

Las primeras veces que esto ocurría alarmáronse mucho los franceses y pusieron sobre las armas, pero luego se confiaron creyendo como dicen que no era más de ladrillos á la luna. Y esto es lo que el caudillo español deseaba, porque así como vió que estaban confiados, acometió una noche con muy grande y verdadero coraje, penetró hasta la misma plaza de armas y logró llevarse algún botín con el que acalló, aunque no fuese más que de momento, las necesidades de su gente. Esto, con igual fortuna, hubo de repetirlo unas cuantas noches más.

Y aquí empezó el monarca francés á pensar que había andado un poco ligero cuando hiciera aquel ofrecimiento de los doscientos mil escudos. Fortificóse más y rehusó la batalla esperando que se acrecentase más la falta de víveres tanto en el campo imperial como en Pavía.

Tan grande leegó á ser, en efecto, la escasez en las tropas imperiales, tanto de las sitiadas como las del campo, que no sólo faltaba lo más indispensable, sino que cada vez eran más remotas las esperanzas de socorro. En tal estado las cosas. Pescara congregó á consejo de capitanes. En tal confusión cada uno proponía una cosa, pero en todos predominaba el parecer de retirarse á otros puntos en busca de vituallas.

Mas la oratoria frenética del invicto general reunió y forjó todas las otras opiniones y así les habló:

«No tenemos más tierra amiga que la que pisamos, la demás es contra nosotros: todo el poder del emperador no bastaría para darnos un solo pedazo de pan. ¿Sabéis en dónde únicamente podemos hallarle? En el campo francés. Si mañana queréis comer ya sabido tenéis dónde está, y no lo dilatéis un solo instante que cada hora se nos harán mil años...»

Ordenó el marqués en la misma noche que pusieran las camisas sobre la ropa exterior y los que tuvieran más de una repartiéranlas entre los tudescos que no las usaban, y que de las sábanas y las tiendas hicieran capotillos y ca-

peruzas de papel á fin de ser conocidos y á una hora precisa prendieran fuego á los pabellones y chozas y salieran corriendo á fin de que los franceses entendieran que huían.

Y en esta manera fué hecho y entendido como pensó el de Pescara.

Quando amanecía ya los imperiales habían derribado parte de la tapia de un parque alzado ante la ciudad.

De la parte francesa el mismo soberano dirigía la batalla. Nunca dos ejércitos pelearon con tanto concono y bravura, según las proezas que en ambos bandos florecían.

La flor del ejército francés había sucumbido y el mismo Francisco estaba dispuesto á no sobrevivir á su derrota. Herido y fatigado su caballo dió con él en tierra, de donde le alzó un soldado vizcaíno y sin pensarse quién podía ser.

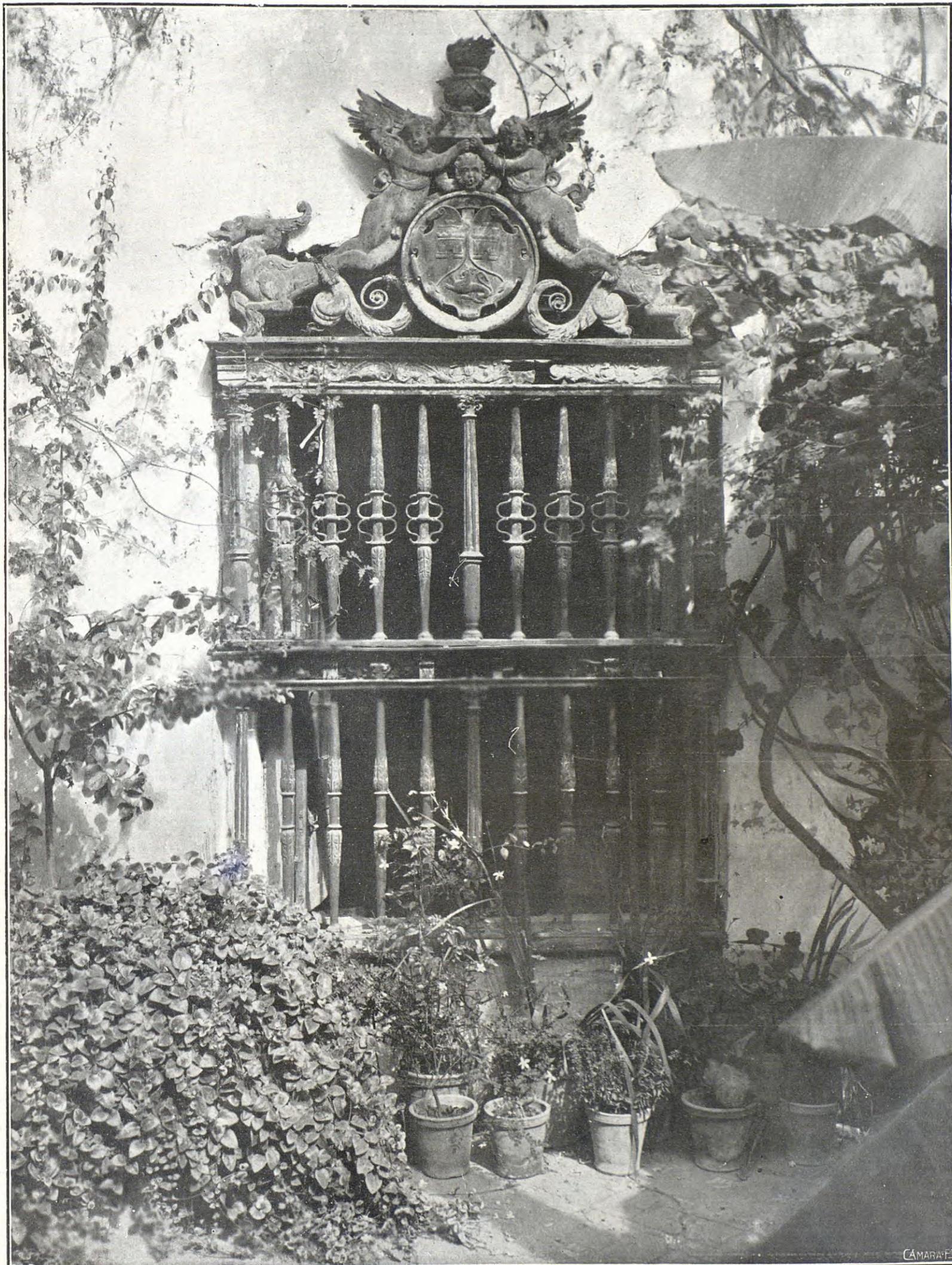
Juan de Urbieta llamábase el bisoño, y nunca pudo soñar que tan grande suceso estuviera reservado para él.

Brevemente cronicada, tal fué la memorable batalla de Pavía, que dió á España la gloria de tener preso en Madrid á un rey de Francia, el cual tuvo aquella frase elegante y altanera al dar á su madre cuenta de la derrota en que vino á caer por confiar en sí mismo con tan orgullosa fe:

«De toutes choses ne m'est demeure que l'honneur et la vie qui est sauve...»

DIEGO SAN JOSÉ

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA

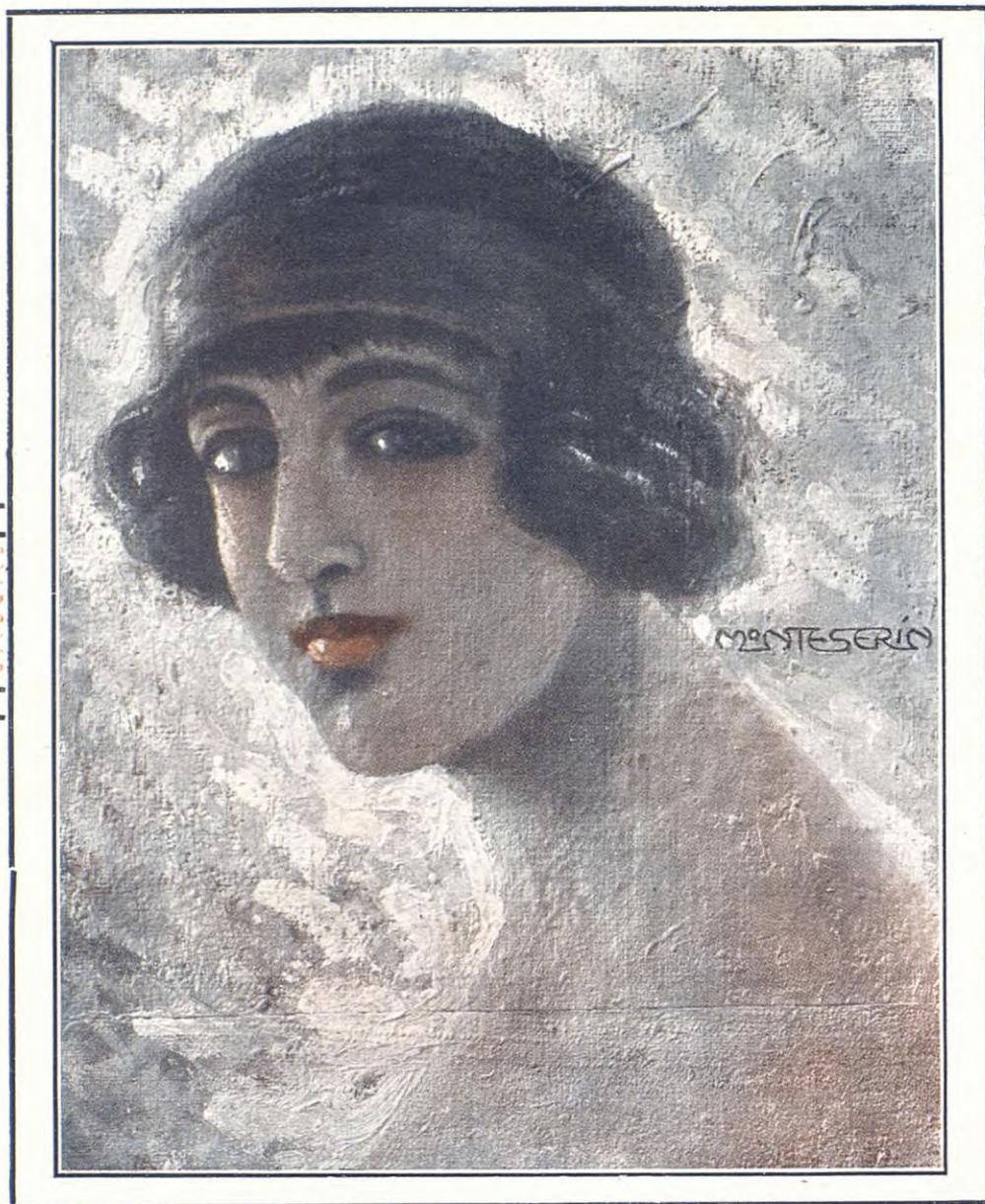


Primorosa reja del siglo XVI, existente en los jardines de la casa de Pilatos, de Sevilla

FOT. PÉREZ ROMERO

CÁMARA-FIS

MUJERES DE FANTASÍA



CUANDO tenemos el corazón mozo, todos somos un poco locos y también un poco poetas. Entonces, como el Manrique de la leyenda becqueriana, amamos á todas las mujeres un instante: á esta porque tiene el cabello como la andrino y á la otra porque tiene los labios rojos como el clavel. Nuestra fantasía hace de todas las mujeres una deidad, una musa, una reina... Y solemos verlas junto á un ajimez, peinándose con peines de plata, ó en una estancia ojival hilando un lino de copos tan blancos como la nieve.

Algunas veces, la imaginación en su vuelo abre nuestros ojos desmesuradamente y nos hace ver en una extraña alucinación á la señora de nuestros pensamientos, que siempre vaga ó se recuesta en un lecho de espumas, como una Venus, ó en un trono de nubes, como Urania. Si paseamos á la orilla del río, vemos á una mujer que se desliza entre las aguas como una ondina misteriosa; si es la hora del atardecer, cuando el sol moribundo tiene más encendidos resplandores de ópalo, la mujer juega con los invisibles hilos de un rayo de oro; si es á la noche, bajo la caricia de la luna, nuestra soñada deidad se pierde cabalgando sobre un rayo de plata.

Todos hemos visto unos ojos verdes en el fondo de un lago, que recuerda la fuente encantada donde soñaba el primogénito de Almenar. Como aquellos ojos de la leyenda, son luminosos y transparentes como las gotas de la lluvia resbalando sobre las hojas de los árboles. Todos también hemos corrido detrás de una ilusión, que era un rayo de luna, como Manrique corría por las alamedas del Duero persiguiendo el rastro luminoso de la mujer soñada. Y también, como el indeciso rayo de luna de la leyen-

da, nuestra ilusión llevaba alas en los pies y se desvanecía como una sombra.

Tal vez por eso, Bécquer es el poeta predilecto de la juventud, sabemos casi de coro sus rimas y leyendas y los que aman y sueñan le acompañan al través de las páginas de sus libros por las calles de Toledo, las ruinas de un castillo de Templarios y las alturas de Trasmoz. Leemos sus libros y reverenciamos su nombre, porque vivió soñando y nosotros hallamos en sus sueños, inmortalizados en el papel, nuestras propias ilusiones y fantasías.

Aun en la vida corriente, cuando tenemos bien plegadas las alas, el brillo de unos ojos femeninos y el timbre de una voz de mujer, nos obliga á remontar de pronto el vuelo. La seda del antifaz, cubriendo el rostro á medias y dejando pasar la luz de la mirada, es la llama que enciende la curiosidad y la ilusión. Los hilos del teléfono, trayendo á nuestro oído el eco de una voz que nos habla desde lejos, como desde un lugar de quimera, nos produce la atrayente sensación de lo desconocido. Porque es así, los dominios del amor y los antros del infierno están llenos de almas que cayeron en pecado de curiosidad.

Una palabra y una mirada de mujer son bastante á excitar la fantasía, lo mismo que una mano blanca y señoril exalta y desvela la imaginación. Entonces, según sea el estado del alma ó según sea la figura de nuestro sueño, forjamos y damos forma y vida á la imágen, para ser, momentáneamente un ser real.

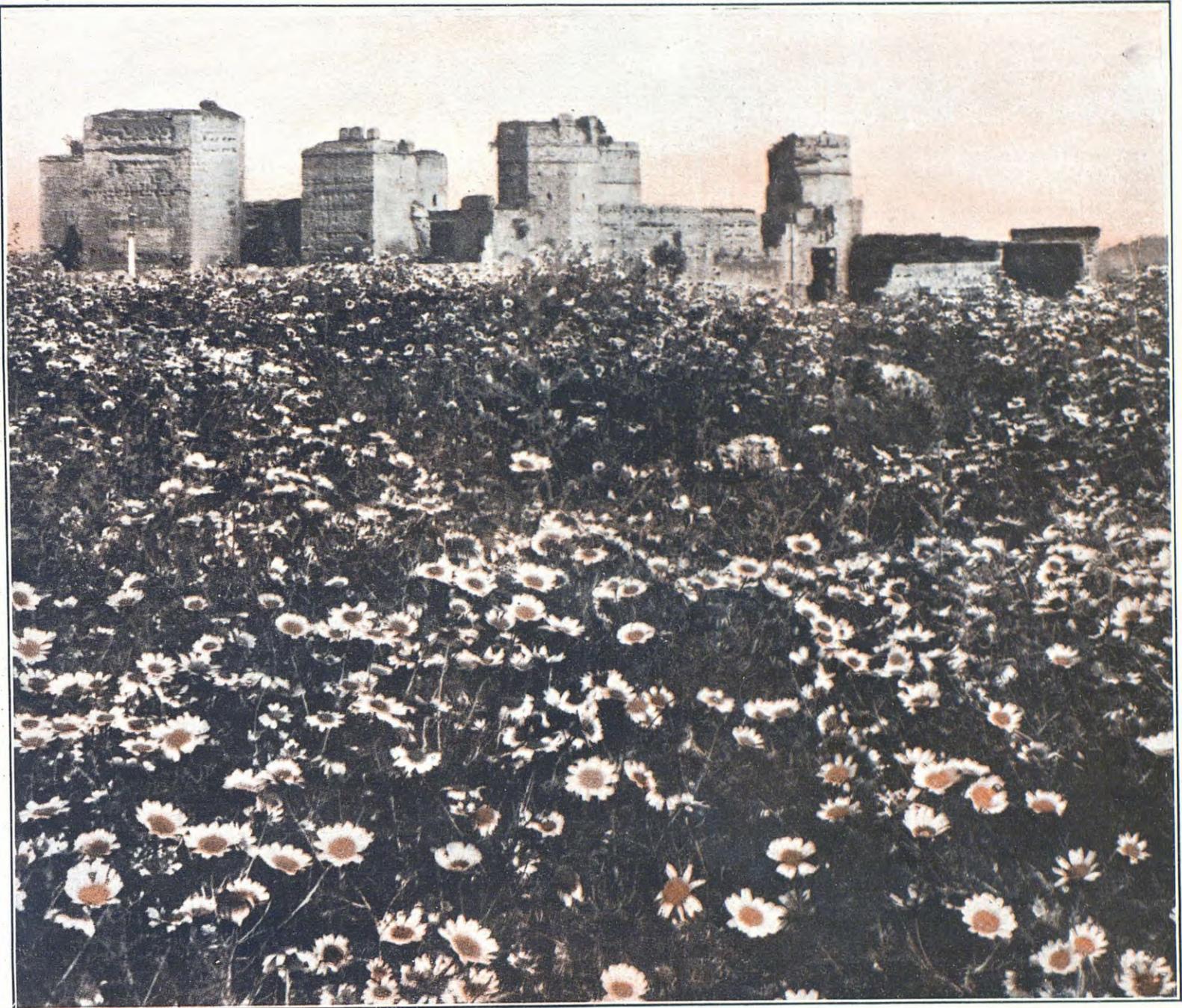
Acordáos de Bécquer y de su cuento de *Las tres fechas*. Primero vió levantarse la cortinilla de tela blanca, ligera y transparente que cubría una ventana ajimezada, en la poética soledad de una calle toledana. Después vió una mano blanquísima, que se agitaba levemente como salu-

dándole con un signo mudo y cariñoso. Al cabo, su imaginación exaltada, le hizo ver en un templo á la mujer misteriosa, cuando en la solemnidad del claustró y á los ecos del órgano, se despojaba de sus joyas y sus cabellos, para desposarse con Cristo.

Pues igual. Una mirada femenina que brilla tras del misterio del antifaz y una voz de mujer que suena lejana, traída por los hilos del teléfono, son siempre una figura real y humana, formada por la fantasía á nuestro antojo. Según nuestras ideas, puede ser morena y ardiente como Carmen ó rubia y arrogante como la Leonora de *Entre naranjos*, con su casco de walkyria y la lanza que blanden las legendarias hijas del dios Wotan.

La sinrazón de D. Quijote hizo de una venta del camino altiva foraleza almenada y de un ventero zafio y burlón su alcaide y caballero. Como de una moza labradora formó á la soberana Dulcinea, formó también de las dos mozas del partido dos «princesas de la fermosura». Y la exaltada fantasía de D. Alonso, señor nuestro por todos los siglos, vió cómo alcuñada señora le calzaba la espuela y otra le ceñía la espada. Nadie puede avergonzarse de ver alguna vez una mujer soñada, porque también las vió el más grande soñador que vieron los nacidos.

Si D. Quijote tuvo desbocada la fantasía y el juicio desquiciado, también acabó sus días en posesión del más cabal conocimiento, cuando hizo famosas aquellas sus palabras, casi las últimas, según las cuales «en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño». Siguiendo su ejemplo, también los locos de juventud, pueden acabar santamente, en paz y en gracia de Dios.



Ruinas de un castillo, en Alcalá de Guadaíra

FOT. SOL

Castillos en España

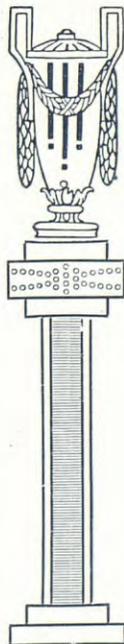
¡Castillos de la tierra castellana!
Esqueletos heroicos de los tiempos feudales,
que os alzais en la vida de ahora, por re y llana,
lo mismo que románticos fantasmas medioevales.

Yo quisiera tener, cual torre de marfil,
como un nido de sueños, un soberbio castillo:
contra la villanía que odia el verso gentil
yo bien quisiera ser señor de horca y cuchillo.

¡Castillos de la blanca Princesa Poesía!
Castillos de los pardos terruños castellanos
que vieron las Cruzadas contra la morería
y flamear al viento los pendones cristianos.

Nidal de los antiguos comuneros,
que mira frente á frente al infinito;
la epopeya gloriosa de los Fueros
está escrita en estrofas eternas de granito.

Como versos de piedra, cantan los señoriales
castillos, de la Raza, el poema antañón.
¡Hierro en las armaduras ancestrales,
hierro en el corazón!



¡Oh, castillos de ensueño! ¡Qué poeta no querría
poseer un castillo y una tersa laguna?
¡También Nuestro Señor Don Quijote tenía
un castillo en la luna!

¡Un castillo de humo, sobre un lago sonoro,
un alcázar creado por la diosa Quimera
para esperar cantando, en un esqui de oro,
á que venga la Muerte, como Luis de Baviera!

¡Los castillos de España! ¡Oh, la gloria lejana,
el laurel y el romance y la hidalguía!
¡Se alzan como fantasmas sobre la tierra llana,
sobre la tierra llana, seca de poesía!

¡Oh, la vulgaridad; oh, la vulgaridad
de este seco y ramplón y angustioso momento!...
¡Sin alas y sin sueños, el alma de esta edad
no sabe alzar castillos ni en tierra... ni en el viento!

Don Quijote y el Cid duermen eternamente;
sus gestas milagrosas suenan á cosa extraña;
el Ensueño y la Gloria, son irónicamente
castillos en España...

E. CARRÉRE

MONUMENTOS ESPAÑOLES

EL MONASTERIO DE SAN ZOIL

EN la inmensa, infinita, inacabable estepa de Castilla, en «Las tierras llanas» cantadas soberanamente por Ferrari, se alza Carrión, la ciudad de los Condes, conocida por Lacóbriga en las guerras Sertorianas y por Santa María de Carrión cuando el sexto Alfonso refugióse en ella tras el rudo aprieto de Golpejar.

Destácase el principal núcleo de la población sobre el borde de una árida meseta horizontal que rompe la monotonía de la extensa planicie. Por debajo de la escarpa terrosa, amarillenta y de brusca pendiente, que ha resistido á la denudación de enérgicos derrubios, desliza su curso perezoso el río que un día sirviera de frontera á los reinos de Castilla y de León; y á la margen opuesta, casi tan baja como el nivel de la corriente, agrupa «El Barrio» sus edificaciones vetustas á la sombra hospitalaria del Monasterio, señor suyo en las pasadas Centurias.

Cuando avanzamos por el sólido puente que enlaza la ciudad con el asilo monacal del joven mártir, su patrono, abarca nuestra vista un horizonte dilatado y espléndido. Impregnado de la austera poesía de la llanura, se ofrece á nuestros ojos el rígido paisaje de la Vega, ceñido por las aguas inquietas del Carrión. El líquido alumbrado en la entraña rocosa de Peña Prieta, engrosado en los pliegues de Sierra de Brezo y Monte de Valdaya, rasga en girones su caudal, cuérnago abajo, y es rumores de vida en el labrantío y fuerza trabajadora en la molinería.

En los primeros planos, embellece el duro panorama la frondosa alameda de la Calzada y extiende sus líneas severas el Monasterio y la espadaña de su templo; en el fondo inflexible de la planicie lucha en silencio con la tierra tenaz, la pulveriza y la voltea, el ciclope recio de Castilla; y allá en último término, hacia la diestra, las crestas caprichosamente denticuladas de la Cordillera Cantábrica, las elevadísimas Peñas del Espiguete y Valdecebollas, de más de 2.000 metros de altura, destacan sus contornos grises semejantes á nubes vespertinas, en el fondo lejano é imperturbable de la llanura infinita.

El puente de fábrica, que encauza el culto piadoso de la población hacia el templo del Monasterio, fué erigido en el siglo xi, á expensas de Doña Teresa Peláez, dama ilustre de la realeza leonesa y Condesa de Carrión. A la munificencia de esta noble señora, de la estirpe de Ramiros y Bermudos, y á la espléndida largueza de su esposo, el Conde D. Gómez Díaz, notable en la Corte del primer Fernando, se debe la reedificación del antiguo Monasterio benedictino de San Juan Bautista, denominado de San Zoil desde que el Conde D. Fernando, mayorazgo de D. Gómez, eligió este austero recinto para guardar los restos incorruptos de los santos y mártires cordobeses Zoil y Félix.

El soberbio claustro del Monasterio, de arquitectura ojival, vestida con las creaciones más bizarras de la fantasía exuberante que distinguió á los ornamentistas del Renacimiento, es obra del siglo xvi. Es, según la feliz expresión de un notable cronista y arqueólogo insigne, el único poema épico, que existe en el mundo cantado en estrofas de piedra á la orden de San Benito; y la crítica del arte no ha vacilado en afirmar



Bóveda que consagra el recuerdo de los fundadores del Monasterio

que las artes plásticas, dentro de la civilización cristiana, no han producido en España obras ni más elegantes, ni de mayor exactitud y belleza que las de San Zoil.

Cuando penetramos en el claustro por la puerta llamada de las Procesiones, la impresión de religioso respeto ante la armonía y calma severas del monacal recinto, seduce el ánimo, el profundo sentimiento de la poesía y majestad del arte avasalla el espíritu. El efecto estético de los arcos apuntados, símbolo interesantísimo de la arquitectura ojival, el formidable contraste entre la desnudez y tranquilidad inalterable de la superficie de los muros y la espléndida belleza de la imaginería ornamental, de estilo plateresco, que invade por igual las fajas del cornisamento, las ménsulas de los muros, los capiteles de las pilas-

tras y los plementos de las bóvedas, cuyo dibujo desafia al más hábil dibujante, hacen de esta joya del arte uno de los monumentos más notables del Renacimiento hacinados por la Historia.

Es el reflejo exacto de la incomparable escuela florentina de Brunelleschi y Filarete, de Roselini y Bramante, naturalizada en Castilla por la sublime inspiración, el lápiz y el cincel peritísimos, de Juan de Badajoz y Juan de Celaya, de Miguel de Espinosa y Antonio de Morante, de Bernardino Ortiz y Juan de Bobadilla.

El inmortal Juan de Badajoz, que dibujara y trazara maravillas como la del convento de San Marcos de León, proyectó, dibujó y dirigió en parte, la del convento de San Zoil de Carrión.

El año 1557, rigiendo el abad Fr. Gaspar de Villarroel, comenzó Juan de Badajoz las obras del ostentoso claustro por la preciosa puerta de las Procesiones y prosiguió su labor meritoria por la nave del Oriente; el año 1577, bajo el mando abacial de Fr. Ambrosio de Nájera—que en esta casa dió cátedra al célebre cronista P. Yepes—terminó Juan de Celaya, en la misma puerta, el ándito del Norte.

Esta puerta es de arco rebajado, apoyado en dóricas pilastras ornamentadas, como su intradós, con reticulado tramado. En el centro del frontón de triángulo, que sostienen columnas abalaustradas de la escuela de Venecia, coronadas por bellos capiteles, se divisa el emblema eucarístico del pelicano; en los ángulos laterales, lindos flamígeros alumbran el magistral crucifijo en que remata el vértice y es la crestería de flameros engalanados por dragones alados de elevadísimo gusto. En las enjutas aparecen esculpidos el profeta Daniel y la sibila Europa y en la prolongación del cornisamento, en las ménsulas de arranque, que á uno y otro lado de la puerta sostienen la bóveda nervada, los bustos de Adán y Eva inician las genealogías de Jesucristo dadas por los evangelistas.

La bóveda primera de la nave oriental consagra el recuerdo de los piadosos fundadores de la Abadía. En sus plementos, magníficamente esculpidos por el cincel, majestuoso y reposado, impregnado de helenismo, de Miguel de Espinosa, aparecen las figuras de medio cuerpo de los Condes Don Gómez y Doña Teresa y de sus hijos Don Fernando, Don García y Don Pelayo, Doña Mayor, Doña Sancha y Doña Elvira; en



Una de las ménsulas correspondientes á la «Apotheosis de la muerte»

la clave central se destaca el busto anacrónico de San Zoil, sostenido por ángeles sentados, y en las claves menores los de los Santos Felices y Benito y las Santas Magdalena y Escolástica. Por último, inscriptos, por los cuatro círculos que forman la tracería, se destacan los timbres de España y de la Abadía, sobre amplias cartelas con inscripciones.

Con dignidad y grandeza incomparables, la imaginaria ornamental, fina y delicadísima, traza en la plementería y claves colgantes de las demás arcadas y en las ménsulas del muro, las genealogías bíblicas del Hijo de María; canta, celebra y deifica la fundación y desarrollo de la famosa falange benedictina en la pléyade inmensa de bustos de santos y pontífices, sabios y reyes, que vistieron el hábito de la orden. En las ménsulas de arranque apoyadas en las pilastras del ándito oriental, guirnalda de cráneos, maravillosamente esculpidos, forman la apoteosis de la muerte; y en los paños de todas las dóricas pilastras, como pendientes del arquitrabe, armaduras y emblemas, mascarones y bustos, animales y plantas, de conocidas faunas y vulgares floras, muestran en plástica admirable, el poder creador del genio de Espinosas y Morantes, Bobadillas y Orfices, Fidias del Renacimiento español, que, al vestir con las galas soberanas de su ingenio, la obra del inmortal Juan de Badajoz, lograron el sublime concierto de la copia exactísima de la naturaleza y de la *idea artística*, atributo de lo bello.

Imágenes hay, de personajes bíblicos, plenas de vida, que rivalizan con la naturaleza misma, hablan y palpitan, hieren la fantasía de nuestra imaginación subyugada, ante el imperio absoluto de los recuerdos del pasado, evocados por la soberanía del Arte, y predisponen nuestra mente



San Zoil.—Artística puerta de las procesiones

POTS. CRESPO

veras han sembrado la duda en más de un visitante, y es fama que el rey Felipe III, que admiró este soberbio claustro el año 1612 y dudaba, perplejo, si eran restos humanos los cráneos esculpidos por el genio, hubo de ordenar a uno de sus palacigos golpear a algunos de los rígidos y quebradizos maxilares, que saltó y fué puesto en manos del confundido monarca.

Nada tiene de extraño que, abismados en los sublimes horizontes del arte peregrino de este claustro, olvidemos los recuerdos históricos que evoca el Monasterio.

Aquí durante los siglos XI y XII de agitaciones y contiendas, Fernando I, el Grande, Alfonso VI, cuyo reinado fué immortalizado por el Cid, y Alfonso VIII, el coronado Emperador, concibieron sus actos de gobierno y prepararon sus campañas contra los moros. En el siglo XI, el arzobispo toledano y Primado de España, D. Bernardo, y el legado del Papa, Cardenal Humberto, eligen este cenobio austero, para celebrar sus concilios. Y reúne aquí sus famosas Cortes Alfonso VIII, el de las Navas, y hace del Monasterio su residencia prolongada, Fernando III el Santo.

Con la abolición de las órdenes monásticas, en 1855, la estrella de la casa bendita de San Zoil descendió a su ocaso y desde el año 1851, excepto el lapso 1868-1875, PP. de la Compañía de Jesús hacen su vida monacal en la antigua Abadía benedictina de San Zoil, en cuyo claustro á tan alto grado aparece elevada la idea de lo bello.

Este admirable monumento español, museo de muchas filigranas de la piedra labrada y relicario de valiosos recuerdos históricos, está olvidado injustamente, víctima de los tiempos presentes, en los que triunfan la prosa y la vulgaridad. Otros monumentos, tal

como San Juan de los Reyes, de Toledo, van teniendo, hasta ahora, más fortuna. La propaganda de sus bellezas y la atención oficial que ha merecido, lo han popularizado y han atraído hacia él la curiosidad de turistas y visitantes. Entre tanto, el monasterio de San Zoil, su claustro maravilloso, son conocidos únicamente por unos pocos entusiastas de nuestras glorias y yerguen su histórica grandeza en una gustosa soledad que pocas veces turban las gentes forasteras.

Menos mal, si siempre lo cuidan manos acostumbradas á las caricias artísticas de la piedra y del marmol. Lo sensible será que, audando el tiempo y dada la indiferencia de la época, el magnífico monumento sea objeto de agravios y de injurias, como lo han sido otras joyas arquitectónicas españolas, entre ellas la Colegiata de Santillana. Así puede irse un tesoro nacional, puede perderse el alma de España simbolizada en piedras que ha dorado el sol de los siglos y adorna el encaje de la yedra, reliquias que son una venerable representación de nuestra historia y nuestras tradiciones, de la grandeza y la bizarría de la raza.

El tono blanco mate de la caliza, semejante al del órgano esquelético, y la verdad con que aparecen esculpidas las articulaciones, escamosidades, cavidades y apófisis de las cala-

muchas filigranas de la piedra labrada y relicario de valiosos recuerdos históricos, está olvidado injustamente, víctima de los tiempos presentes, en los que triunfan la prosa y la vulgaridad. Otros monumentos, tal como San Juan de los Reyes, de Toledo, van teniendo, hasta ahora, más fortuna. La propaganda de sus bellezas y la atención oficial que ha merecido, lo han popularizado y han atraído hacia él la curiosidad de turistas y visitantes. Entre tanto, el monasterio de San Zoil, su claustro maravilloso, son conocidos únicamente por unos pocos entusiastas de nuestras glorias y yerguen su histórica grandeza en una gustosa soledad que pocas veces turban las gentes forasteras.

Menos mal, si siempre lo cuidan manos acostumbradas á las caricias artísticas de la piedra y del marmol. Lo sensible será que, audando el tiempo y dada la indiferencia de la época, el magnífico monumento sea objeto de agravios y de injurias, como lo han sido otras joyas arquitectónicas españolas, entre ellas la Colegiata de Santillana. Así puede irse un tesoro nacional, puede perderse el alma de España simbolizada en piedras que ha dorado el sol de los siglos y adorna el encaje de la yedra, reliquias que son una venerable representación de nuestra historia y nuestras tradiciones, de la grandeza y la bizarría de la raza.

ESTEBAN CRESPO



Evora, mujer de Seth, que figura en una ménsula de arranque



Otra ménsula, en la que se ve la cabeza de Seth, hijo de Adán

ESPAÑA ARQUITECTÓNICA



NAVE CENTRAL DEL CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE SAN ZOIL, EN CARRION DE LOS CONDES, DEBIDA AL INMORTAL JUAN DE BADAJOZ Y ORNAMENTADA POR MIGUEL DE ESPINOSA

FOT. CRESPO

EL TEATRO ARGENTINO



LOLA MEMBRIVES

Notable tiple argentina, que cultiva con gran éxito la zarzuela y que pronto figurará como primera actriz del teatro Nacional

El fomento de nuestro teatro en la América del Sur y muy particularmente en la Argentina, despertó a los naturales de aquel país encantador, privilegiado de la luz, para la creación de un teatro propio, con todas las características de tipos, ambiente y color, fiel a unas bellas tradiciones y con la peculiar psicología de la raza; el teatro, en fin, que estaba concebido pero no representado. Y hace pocos años—quince ó veinte—nació sano y vibrante el teatro criollo merced á la franca y loable iniciativa de algunos intelectuales que, rindiendo á su patria el homenaje de un amor instintivo y de una firme devoción, tributaban á la literatura dramática los entusiasmos y la voluntad del artista por temperamento.

En América alcanzaron una consagración definitiva muchos autores que en su tierra natal no habían conquistado el triunfo correspondiente á sus méritos, triunfo que el derecho les prometía y les negaba, acaso, la emulación ó la envidia de una patente inferioridad; allí, por virtud del más sincero cosmopolitismo, reconocieron siempre y reconocen ahora las excelencias de autores y artistas que afanosos de gloria fueron á

buscarla por lejanos países donde el oro y el aplauso, con equidad repartidos, coronan el esfuerzo y premian las aptitudes para glorificación del ideal, acatamiento del arte y estímulo de sus afortunados cultivadores. Justo era, pues, que quienes otorgaban el favor de su elogio y la recompensa de su dinero á cuantos lícitamente requerían su beneplácito, y así sancionaban los ingenios de fuera, reservasen, como acto de justicia, una parte de su admiración para los de casa.

Iniciado el teatro criollo, destacáronse, con alto relieve, las felices composiciones de Belisario Roldán, César Iglesias Paz, García Velloso, Sánchez Gardel, Martínez Cuitiño, León Pagano y otros, que enaltecieron ese teatro, pura y netamente argentino, brindándole obras tan interesantes y típicas como *La viuda influyente*, *La conquista*, *El tango en París*, *El zonda* (viento fuerte, similar del ciclón), *El malón blanco*, *El halcón*, etc., etc., que han llegado á constituir el repertorio exclusivo de un teatro nacional.

Carlos M.^a Pacheco, entusiasta españolista, ha mixtificado los personajes de sus sainetes, que son claras muestras de habilidad y donosu-

ra, acomodando tipos de nuestra idiosincrasia á aquellos cuadros de costumbres fielmente reproducidas, para adicionarles el atractivo de una variedad pintoresca.

El teatro argentino determina un género culto, poético, sentimental, con toda la policromía de una delicadeza exquisita.

Lola Membrives, la celebrada tiple porteña que ha realizado brillantes campañas en el teatro de Apolo, de esta Corte, luego de patentizar sus singulares dotes de cantante y manifestarse como actriz de refinada flexibilidad,—que por igual supo dar vida á los personajes de la zarzuela, el sainete, la comedia ó el drama,—cambiará de género artístico para dedicarse al teatro criollo. Así lo reclaman las empresas y los autores que saben justipreciar las merítisimas facultades de su bella compatriota. A ellos les pertenece la artista y la quieren para su teatro ..

El teatro nacional es una consecuencia del teatro español, y este ha sido, probablemente, el factor más poderoso para estrechar los vínculos de afecto entre dos naciones hermanas...

FEDERICO GIL ASENSIO



LA DANZA A TRAVÉS DE LOS SIGLOS

La danza es galvanismo que nos excita el ánimo y á un ritmo suave ó duro nos hace obedecer, siguiendo locamente de un raudo vals los giros, ó deteniendo en súbita salutación los pies.

Allá en los remotísimos reinados faraónicos, cuando los Ptolomeos, sedientos de placer, buscaban de los griegos las melodiosas cítaras, echando al mar su idílico monótono rabel, las danzas no eran danzas en el sentido de ahora, cuando hay tantos danzantes que por parejas veis, sino algo etéreo, anómalo, que el aire codiciaba, ¡flor!, ¡nube!, ¡sueño!, ¡sombra!



¡divinidad!, ¡mujer! Flor por su aroma, diosa por su figura plástica, sueño por ser un ángel del codiciado edén, nube porque pasaba sobrecogiendo el ánimo, mujer por lo que usaba de su inmortal poder.

¡Oh, almeas! Diosas íntimas de berberiscas, túnicas de leve, suave, nitida, pulimentada tez, ¡vivis! Bajásteis todas de la ribera parda del Nilo azul al verde soñado cabaret, y sois las parisinas endomingadas y ágiles, de music-halls famosos la gloria y el sostén, con vuestros labios, liras que entre corales cantan las subrayadas notas del pícaro couplet.

Al baile aquel, pretérito, siguieron otros varios de tan templada, dulce y honesta candidez, que entre ellos las malicias surgieron victoriosas, como una consecuencia de nuestra humana ley. Bretones y bretonas, los de la costa brava, marinos de Cornualles, mujeres de Quimper, flamencas sofocadas de carminosos pómulos, del recio vasco al rústico y arisco ampur-



Rosario



danés, sintieron la codicia del agarrado y... ¡hala!, tirón, patada y salto, y así una y otra vez, entre el gañir fatidico de inexorable gaita y el sordo tamboreo, su soniquete fiel.

Siguió la aérea Terpsicore su paso por el mundo, y dicen que en Versailles se quiso detener por el pueril capricho de ver cómo los reyes, tan rígidos y graves, bailaban minué, y hay que jurar por Júpiter que se quedó perpleja y el baile de los próceres la pareció muy bien. ¡Era en doradas épocas; reinaban Luis XIV, la Montespan y Guiche, Lorena y La Vallier, y en todos ellos, Colbert, el escribiente negro que en animal-de fábula tradujo La Fontaine, y en el jardín mirífico y en el recinto mágico, amor y poesía reinaban por doquier.

Los tiempos donosos de los miriñaques, de Amaury, de Werther y Armando Duval, de las guirindolas, pompones y fra-



ques y dijes y limpio botón de metal, los de los cumplidos frágiles y arteros y las octavillas y los pies forzados, tuvieron su baile también; los lanceros, galas de las salas y de los estrados, y así, hora tras hora y en su turno, vino la bella humorada del tango argentino, que asombra y seduce y excita y agrada, y que, sobre todo, prevalecerá, pese a quien le pese, mientras en bailarle goce y se interese la mujer, que siempre le defenderá.

Su traspiés delicioso procura mantener el ritmo sin salir de quicio, señoril misterio, licita locura que se esmera y logra no perder el juicio y no es como el baile cerril y grosero de los faralares que, en ráfaga suelta, amparan el golpe brutal y certero con que hunde las tablas al dar cada vuelta la gitana que al aire arañando, patalea rabiosa y con fe y crudezas ahogadas cantando se enardece al oír cada ¡ole!

DIBUJOS DE MARÍN

LEOPOLDO LÓPEZ DE SÁA



LA REINA ALEJANDRA, DE INGLATERRA



CUANDO al comenzar la primavera de 1863, la Princesa Alejandra de Slesvig-Holstein, partió de Dinamarca—*prometida á Inglaterra*—como ella decía, Copenhague, y el noble pueblo danés, despidieron á su amada Princesa, con un sentimiento justamente orgulloso de su belleza, digna de la regia corona que le ofrecía en el porvenir, la Gran Bretaña.

Cuentan las crónicas de aquel tiempo, que al término del viaje, la Princesa dióse á conocer en su nueva patria, vestida con un manto de celeste terciopelo y armiño, que armonizando su ideal figura con esquisito arte, prestábale aspecto de aparición soñada. Refieren igualmente que con motivo de la boda del heredero del reino, la prensa inglesa ilustrada, pidió á Dinamarca, detalles y vistas de los sitios habitados hasta entonces por la Princesa, y al intentar reproducir su cuarto de estudio, sorprendidos de su modestia, los dibujantes ingleses creyéronse obligados para servir mejor el interés público, á suplir con su inventiva la sencillez de vida que no había impedido á la futura reina, llegar á ser tan instruida é inteligente, como hermosa y distinguida.

Compartiendo los deseos de la Reina Victoria, la Corte inglesa hubiera preferido en aquella ocasión, una nueva alianza germana, más comprendiendo al admirarla, la enamorada elección del Príncipe de Gales, fué acogida la Princesa con entusiasmo y esperanza, de que su bella juventud, benévola y risueña, disipara renovando el ambiente austero, que al vivir cortesano imponía, la viudez de la Reina.

De carácter igual y afable, aunque reservado, la Princesa de Gales cautivó enseguida á la refinada sociedad inglesa, siendo las brillantes recepciones de Marlborough-House, el centro de suprema distinción, sollicitado y preferido por las más aristocráticas *ladies* del Reino Unido; acreditando además la Princesa desde los primeros años de su matrimonio, una elegancia personal, que ha confirmado el tiempo conservando á su gentil silueta, un proverbial encanto de armonía y buen gusto.

A pesar del fausto y riqueza, propios del poderoso trono, en cuyo dintel vivió desde entonces, la Princesa no perdió nunca la sencillez y el amor á la vida familiar en que su infancia había transcurrido, y como el Príncipe, siempre que fuera compatible con sus deberes de hijos y herederos, abandonaba con gran placer Londres para viajar ó descansar en el campo, de las etiquetas y ceremonias cortesanas.

En Sandringham, la hermosa posesión adquirida por el Príncipe consorte, para su hijo en el Condado de Norfolk, los Príncipes de Gales disfrutaban ampliamente de sus predilectas aficiones, acompañados constantemente de invitados que las alianzas de familia, las amistades del Continente y las eminencias inglesas del saber, la aristocracia y el arte, proporcionaban al afecto

to y elección de los presuntos Reyes. Cercana al Castillo, la bahía de Wash, donde abordaron los Vikings en remotos siglos, recordaba á la Princesa las hazañas de sus antepasados, luchando por una conquista, que ella, sólo con su belleza, realizara.

Se llega á Sandringham, desde la estación de Wolferton, por una ruta que sube suavemente entre magníficas plantaciones que han dado fama al Condado; admírase al pasar, en una altura, un caprichoso *chalet* dedicado á los *teaparties* de la Princesa; después *Park-House*, residencia del Intendente general; y por último, la Iglesia cobijada entre añosos árboles. Al final del camino, una monumental verja, rematada por la corona real y cuyos pilares ostentan los escudos de Inglaterra, Gales y Dinamarca, verdadero encaje de hierro, forjada en Norwich, y ofrecida por la ciudad al regio *Squire*, dá paso á una corta avenida de seculares tilos que conduce á la fachada Este del Castillo. El frente opuesto, se levanta ante un jardín á la italiana, bajo el cual hay un lago, y en último término, alejándose á la vista, inmenso, interminable y pintoresco por las ondulaciones del terreno inteligentemente aprovechadas, se divisa el parque donde la caza abunda, inagotable. Al entrar en la suntuosa morada, sorprende al visitante una sencilla inscripción en marmol, que dice así:

«Esta casa fué construída por Alberto Eduardo, Príncipe de Gales y Alejandra su esposa, terminándose en el año de Nuestro Señor 1870».

El interior del Palacio, es muy notable, por reunir con intenso atractivo, la riqueza, elegancia y *confort*, á la intimidad familiar del *home* acumulando recuerdos de cariño, de penas y placeres, que señalan las dichas y cuidados del pasado, consolando el presente. En la Iglesia, una artística vidriera conmemora la tribulación sufrida por la Princesa, durante la grave enfermedad que puso en peligro la vida del Príncipe; el mal se creyó debido á la visita hecha de incógnito á los campos de Metz y Sedan, reciente aún la lucha franco-prusiana de 1870; allí, en una pequeña población llena de enfermos, y cuyo contorno estaba convertido en cementerio, el Príncipe adquirió el tífus, que vencido por su enérgica naturaleza, fué motivo para revelar el grande amor, que al heredero del trono, profesaba el pueblo inglés, siendo el *Te Deum* de acción de gracias en la Catedral de San Pablo, una ceremonia verdaderamente nacional.

La Princesa demostró entonces su abnegación y pasada la incertidumbre angustiosa del peligro, se consagró en absoluto, durante la convalecencia, al cuidado del Príncipe, acompañándole en sus paseos, guiando ella misma con experta seguridad, el pequeño y cómodo carruaje que les conducía, y procurando en todo, con su afecto, endulzar abreviando la completa curación. Madre cariñosa y vigilante, dedicaba gran

parte de su ocupada existencia, á la educación de sus hijos de quienes ha sido muy amada.

Las obras de cultura y beneficencia, contaban siempre con su apoyo, y la especial protección á escuelas y hospitales, era una de sus preocupaciones más atendidas. Su afición al *sport*, cultivado con frecuencia, la hicieron desde muy joven, fuerte, ágil y resistente á la fatiga, sobresaliendo como amazona por una incomparable distinción. La predilección por los animales de todas clases, hizole reunir en Sandringham un verdadero parque zoológico, cuyas especies, aportadas algunas por el Príncipe, de sus viajes, eran muy notables. La jauría merecía también gran atención del regio matrimonio, y los perros inseparables de su dueña, *Bull*, *Fox*, etc., son populares en Inglaterra y conocidos en Europa, por acompañar constantemente á la Soberana; y á la muerte del Rey Eduardo, su can favorito figuró en el cortejo fúnebre, por espresa voluntad de la Reina viuda. Las manifestaciones del Arte en todas sus formas, no dejaron nunca de interesar su espíritu cultivado; el amor á la música hacfa concurrirse asiduamente á la Opera en su palco de Covent Garden, y en una de sus excursiones á Irlanda, fué obsequiada con el título de *Doctor en Música* por la Universidad de Dublin.

El don de elegancia propio de la Reina Alejandra, es conocido y proverbial como hemos dicho, y aunque su belleza y juventud inalterable hasta hace poco, lo explicara, el buen gusto, sencillez y acierto de sus galas y atavíos, combinados á menudo por ella misma, revelan siempre un instinto armónico, que descubre á su vez el espíritu de apacible sentir, y alta é inteligente ilustración que caracterizan á la Soberana.

Su influencia en la sociedad inglesa, aunque callada, ha sido muy grande y transformadora; su trato agradable, atrayente, inspirando más que concediendo confianza, ha sostenido su prestigio y el respeto de la nación inglesa. Identificada en todas las épocas de su vida, con su patria de nacimiento, al enviudar quiso retornar la memoria á los felices días de la infancia, y en unión de su hermana la Emperatriz viuda de Rusia, adquirió cerca de Bernstorff, la villa «Ilvidore», donde las dos Soberanas, al recordar su niñez sencilla, precursora de las grandezas y deberes que agobiaron después sus dichas de mujer, esperaban contemplar en la paz de un tranquilo ocaso, el fruto de sus abnegaciones.

La guerra con sus horrores, ha perturbado la esperanza, y el destino que marcó sus vidas con la felicidad inocente y el poder del amor, termina con angustias y temores. La existencia al avanzar disipa como vanas las grandezas, y acrece los dolores que han de producir las nuevas vidas.

LA ESFERA
PÁGINAS ARTÍSTICAS



REGRESO AL PUERTO, cuadro original de R. Verdugo Landi

RESIDENCIAS DIPLOMÁTICAS
LA LEGACIÓN DE LOS PAÍSES BAJOS

El distinguido é ilustre diplomático que actualmente representa cerca del Gobierno español al de S. M. la Reina Guillermina de Holanda, es un ferviente admirador de las artes orientales y durante su larga permanencia en el Japón, ya como secretario, ya como ministro de su país, ha reunido una colección interesante y casi única de porcelanas, bronce, lacas, marfiles y otros objetos de arte orientales.

Esta colección podría dividirse en varias partes formadas con los diferentes objetos que desde 1904 ha ido adquiriendo con paciencia de verdadero *amateur* el Sr. Van-Royen en Turquía, en Inglaterra, en Japón, en China, en las Indias neerlandesas, en Ceylán y en los Países Bajos; en todas las capitales, en fin, á donde le llevaron sus misiones diplomáticas ó los azares de su carrera.

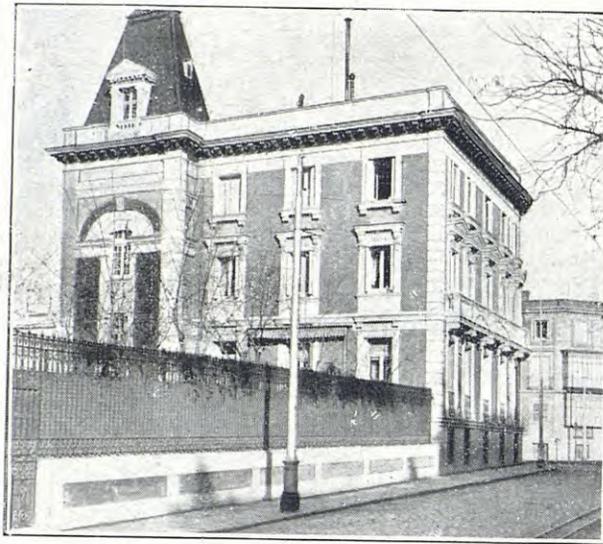
En Turquía, por ejemplo, reunió una rica colección de tapices turcos y persas y en Inglaterra adquirió esos antiguos y elegantes muebles de estilos *Queen Anne*, *Charles I. Adam* y Renacimiento italiano, que se admiran en algunos de los salones de la Legación.

Las antiguas vitrinas que guardan artísticas porcelanas son holandesas, de principios del siglo XVIII, y esta parte de la colección ha sido aumentada en España—durante el tiempo que lleva en nuestro país el culto diplomático—con un antiguo arcón, cuyas esculturas en madera representan el sitio de Granada y con cuatro arcas góticas procedentes, sin duda, de antiguas iglesias.

Los demás muebles de la casa, adquiridos en Inglaterra, pertenecen á los estilos Tudor (los del comedor), Luis XV y *Sheraton*, que corresponde al Luis XVI de Francia.

Pero lo más interesante y lo que tiene un valor inestimable, es la colección de porcelanas de China y del Japón.

Sabido es que el arte de la porcelana en China es muy anterior al del Japón, y sus piezas superan en finura á las



Edificio de la Legación

de este país, siendo de las más raras las del período de Kang-he (1661-1722), que es la época del apogeo del arte cerámico en China. Entre las piezas de esta época que figuran en la colección, merecen citarse, por su extrema belleza, una *garniture de Céladon*, decorada de color rojo, conocida con el sobrenombre de *peach-bloom*, de la que no existen otros ejemplares, ni aun entre los coleccionistas, un vaso *peach-bloom*, sobre blanco, un blanco y azul que únicamente en la famosa colección Morgan tiene ejemplares semejantes, una docena de tabaqueras de colores y dibujos muy delicados y artísticos y un *ruby-red*, de un color rojo oscuro, conocido por *Sang de boeuf* y *Sang-de-pigeon*.

Entre las porcelanas de la época de Ming (1368-1644), en la que los colores eran ya muy bellos, pero que no habían alcanzado aún la perfección á que llegaron más tarde, merecen citarse dos leones *blanco de China*, de una blancura imaculada, y varios *potiches* de diferentes formas, sumamente raros. La pieza más antigua data de la época de Yüan (1279-1368).

El período Yung-ching (1725-1736) es también muy célebre. Entre los objetos de esta época se admiran los de *famille-rose* y *famille rose-verte*, entre ellos un vaso con las armas imperiales rusas.

Del último período de *Keen-Yung* (1736-1795), hay también notables ejemplares, y entre los objetos menos raros, y por consiguiente de menos valor, aunque no dejan de ser interesantes para los profanos en esta manifestación del arte, son los que datan de las épocas de *Kea-King* (1796-1821) y *Fao-Kivang* (1821-1851).

El arte cerámico fué introducido en el Japón, como muchos otros elementos de la civilización, por los coreanos, y comenzó á desarrollarse en los primeros años del siglo XVII, y alcanzando la cumbre de su gloria



Vestíbulo y escalera principal



R'quisima colección de ídolos, en bronce dorado, que decoran el "hall" del hotel

en los años de 1730 á 1850. La buena porcelana japonesa es, por consiguiente, menos antigua que la porcelana china.

En la colección de que nos ocupamos figura una hermosa pieza de la porcelana llamada *Awata*, hecha por el famoso artista *Kensan*. Hay también no pocos ejemplares de la marca conocida por *Nabeshima*, porcelana que se hacía exclusivamente para los marqueses de *Nabeshima*, los señores de *Hizen*. Esta porcelana es la mejor del antiguo Japón. Hay, además, piezas notables de *Imari*, *Kiyomizu*, *Kaga*, *Seto* (probablemente la más antigua japonesa), *Banko*, *Soma*, *Fakatori* y *Yatsushiro*. Dos hermosos vasos de un metro de altura, que estaban destinados á la Exposición franco-inglesa de Londres, son los ejemplares más curiosos de esta colección. (*Imari moderno*.)

Por el sistema de calefacción del elegante hotel en que se halla instalada la Legación, no pueden estar expuestas en los salones de recibo las magníficas lacas coleccionadas por la distinguida *Mme. Van-Royen*. No resistirían á la acción del aire seco y esto hace que se guarden en las habitaciones del piso alto.

Hay entre estas lacas ejemplares maravillosos por su dibujo y colorido, que se remontan á la dinastía de los *Shoguns* de *Ashikaga* (1538-1565), aunque el período más célebre de la laca japonesa comienza hacia el año 1700 y dura hasta la mitad del siglo pasado. Sin embargo, los objetos de laca modernos que figuran en la colección son también extremadamente artísticos y de un gusto delicado y perfecto. Entre las más curiosas se encuentran unas veinte cajas de medicina (*Inzo*) trabajadas con un arte minucioso y refinado.

Otra parte de la colección se compone de 150 *Neszuki*, pequeños objetos que, á semejanza de los *Inzos*, son de gran valor y están esculpidos en marfil ó en madera, habiendo servido antiguamente para guardar las medicinas pendientes de la cintura. De estas esculturas se ha ocupado el célebre coleccionador alemán *Brockhaus* en su gran obra titulada *Neszuki*. Sus trabajos representan dioses, diablos, hechos históricos, utensilios, animales, plantas, etcétera. El estudio de *Neszuki* es principalmente lo que lleva al europeo al convencimiento del gusto extremadamente artístico y delicado del arte japonés.

Dos estatuas de *Budha* aproximadamente de tres pies de altura son ejemplares raros y curiosos de la escultura



Comedor de la Legación de los Países Bajos

ra en madera de los japoneses. La expresión de estas figuras, de cuyos semblantes emana un sentimiento de bondad ajeno á toda pasión, una expresión de calma infinita, es una demostración palpable de la manera cómo el artista ha sabido reflejar exactamente en su obra el estado de alma de su Dios. Uno de los *Budhas* tiene en una mano el gesto del Profeta que explica sus doctrinas, mientras la otra parece tomar el mundo por testigo de sus palabras.

Unos veinte *Budhas*, representados en una de

objetos hechos con una sencillez y una gracia típicamente japonesa, mostrando al observador atento que el verdadero arte japonés es sobrio, y que los objetos recargados en su decoración que se hacen pasar ordinariamente por productos característicos del arte del Japón, no son más que especialidades confeccionadas para el extranjero.

La mayor parte de estos broncees corresponden al siglo XVIII.

Objetos de cobre, metal que los japoneses trabajan con un gusto y una sobriedad exquisita, algunos procedentes de Corea, de Java y de Sumatra, aparecen en otro de los fotografías.

Una de las partes que más interés despertarían en un japonés de tan variada y rica colección, es la de las armas, entre las que figuran el gran sable que los japoneses llevaban sobre las espaldas, las espadas de las que cada *Samurai* usaba dos como signo de distinción de la clase, las lanzas de que se servían á caballo ó con las que combatían las mujeres y los puñales que se empleaban como armas ofensivas y también para cometer el *harakiri* (suicidio que consistía en abrirse el vientre). Estas armas datan de hace cuatrocientos años.

No terminará el cronista esta ya larga descripción sin manifestar su gratitud hacia la amable y distinguida *Mme. Van-Royen* y al culto ministro que, con su erudición y profundo conocimiento de las artes orientales, ha facilitado nuestra difícil misión.



Una vista del "hall"

FOTS. CORTÉS

MONTE-CRISTO

: AUTORES :
CÉLEBRES

LUIS MARIANO DE LARRA

Así como algunos majaderos han hecho y hacen papel en el mundo tan solo por llevar un apellido ilustre, á Luis Mariano de Larra, hombre de mérito relevante, le perjudicó grandemente ser hijo del insigne é inmortal *Figaro*; y le perjudicó, precisamente, por no ser una insignificante medianía—que á serlo, viviera tan ricamente como los muchos herederos tontos

«que en el mundo han sido.»

En cuanto Luis Mariano de Larra comenzó á estrenar comedias y á ganar dinero, los importantes y los fracasados, que forman legión y que son los eternos y jurados enemigos del éxito ajeno, empezaron á discutirle de mala fe, comparándolo con su padre, para llamarle, como le llamaron durante mucho tiempo, «Larra el malo». Evidente injusticia, toda vez que dichos escritores en nada se parecen ni tienen ningún punto de contacto—en lo fundamental de su producción respectiva—. *Figaro* fué un insigne crítico y un incomparable escritor de costumbres, y Luis Mariano uno de los más fecundos y eminentes autores de su época. Si sus comedias entusiasmaron al público y daban grandes rendimientos á las empresas, ¿con qué lógica se le podía llamar *Larra el malo*? ¿Dónde estaba el *Larra bueno*, autor dramático? Si se tiene en cuenta que lo poco que escribió *Figaro* para el teatro es bastante endeble, la comparación resulta aun más irrisoria; pero como *Figaro* no ha pasado á la historia como dramaturgo, hay que llegar á la conclusión de que no hay comparación posible entre el padre y el hijo.

Poeta dramático de altos vuelos, Luis Mariano de Larra trabajó asiduamente más de cuarenta años, dejando una labor copiosa tan importante por la cantidad como por la calidad. Empezó con buena fortuna y pronto llegó á ponerse «á la cabeza de los autores de su tiempo, siendo mimado de las empresas, respetado de los artistas y queridísimo del público, que le consideró durante más de una década como su autor predilecto».

La primera obra que estrenó fué un apropósito en un acto y en verso, escrito en unas cuantas horas en colaboración con D. Ramón de Valladosas y Saavedra, titulado *El toro y el tigre*, en el cual se satirizaba la célebre lucha de ambas fieras á la vista del público y ofrecida como espectáculo agradable. Estrenóse dicha producción, con éxito excelente, en el teatro del Instituto la noche del 2 de Junio de 1849, cuando el autor tenía diez y nueve años de edad, pues había nacido en Madrid el 17 de Diciembre de 1830.

Cuando su padre se suicidó (el 13 de Febrero de 1837), tenía poco más de seis años.

Después de *El toro y el tigre*, estrenó *El amor y la moda*, en el teatro del Príncipe, siendo ésta la primera obra que escribió solo, como lo fueron luego la mayoría de las que estrenó y, precisamente, las de mayor éxito. Esta obra fué interpretada por Matilde Díez, Josefa Palma y Julián y Florencio Romea, pues solo tenía cuatro personajes, lo cual no obsia para que la acción se desarrolle sin asomo de languidez y con el interés más vivo.

Poeta de pasmosa facilidad, maestro en los recursos escénicos y asiduo para el trabajo, produjo 56 comedias y 42 zarzuelas, 98 obras en total, siendo la mayoría de ellas en tres ó más actos, y mereciendo no pocas el calificativo de joyas literarias. Entre las primeras, son de verdadera importancia y entraron con facilidad en el repertorio, siendo un gran filón para las empresas. *La oración de la tarde*, *Los lazos de la familia*, *Una nube de verano*, *¡Bienaventurados los que lloran!*, *La flor del valle*, *El bien perdido*, *El Caballero de Gracia*, *El amor y el interés*, *Flores y perlas*, *Los corazones de oro* y otras muchas, siendo de admirar en todas ellas la firmeza del plan, la lógica del desarrollo; la pintura de los caracteres, la belleza de la forma y la profundidad del pensamiento.

Entre las cuarenta y dos zarzuelas que figuran

en su catálogo, merecen citarse con encomio las siguientes: *El barberillo de Lavapiés* (la más popular de todas las suyas), *La conquista de Madrid*, *Las hijas de Eva*, *Los órganos de Móstoles*, *Sueños de oro*, *La vuelta al mundo*, *La guerra santa*, *Los hijos de Madrid* y algunas otras, siendo sus músicos predilectos Arrieta, Oudrid, Gaztambide, Barbieri, Caballero y Rogel.

Cuando Larra llegó á su mayor apogeo, hubo año en que, gracias á su fecundidad asombrosa y á las solicitudes apremiantes de las empresas, copó los carteles de todos los teatros de Madrid, especialmente en las fiestas de Pascuas, y claro está, la envidia, las bajas pasiones, las intrigas, la insidia, se adueñaron pronto de sus enemigos, que pusieron en juego todas las malas artes que les aconsejaba su ruindad y, como



LUIS MARIANO DE LARRA

el más robusto roble se trunca á fuerza de golpes de hacha, así Larra, viendo que al fin tendrfa que rendirse y caer desplomado, quiso batiirse en retirada, luchando contra un ambiente que poco á poco fué haciéndose cada vez más hostil; y cuando se convenció de que sus últimos esfuerzos eran ineficaces en una atmósfera envenenada por la envidia y la perfidia, colgó la pluma y retiróse á su casa de Valdemoro, único patrimonio que conservaba de una riqueza grande, ganada con su laboriosidad y su talento y disipada con mano generosa y cerebro poco ordenado financieramente.

Hasta tal punto llegó la mala voluntad que á Larra se le tenía, solo porque ganaba mucho dinero y las empresas lo preferían y lo solicitaban, que sus últimas obras fueron protestadas desde la primera escena, es decir, fueron sendos fracasos preparados de antemano, con premeditación, alevosía y abuso de fuerza. Esto se vé bien claro en el ejemplar impreso de la zarzuela en tres actos, con música de Cereceda *La Africanita*, en cuya primera página se lee:

«*Silbada estrepitosamente sin oírlo* la noche del 9 de Enero de 1885 en el teatro Circo de Price, de Madrid, y aplaudida después en todos los teatros de España donde se ha representado».

Efectivamente, el que esto escribe asistió al

estreno de *La Africanita* y puede testificar que se silbó y se *pateó* furiosamente sin oírlo. En las siete representaciones que llevó, no hubo una siquiera en que no se armase un escándalo formidable desde el principio de la representación. Bien se conocía que iba gente dispuesta á que no se oyese la obra. Al fin el Gobernador tuvo que prohibir las representaciones por cuestión de orden público.

Después de *La Africanita* estrenó otra zarzuela, también con Cereceda, titulada *La gala del Ebro*, que no corrió mejor suerte; y convencido de que no podía luchar cara á cara con tantos enemigos como le atacaban en la sombra, quiso encubrirse en un pseudónimo y con el de Antonio López Ayllon estrenó cuatro ó cinco obras, la última de las cuales fué *José María*, opereta con música del maestro alemán Millöcker, que se representó en el mismo Circo de Price el 6 de Febrero de 1888, día en que terminó su vida literaria tristemente amargado por los desengaños.

Con su talento y su trabajo, sin ayuda de nadie, supo y pudo llegar á la cima de la profesión á que desde muy niño sintióse inclinado por vocación irresistible.

Como lector gozó justa fama de notable, y al decir de los que le oyeron repetidas veces leer sus comedias, puede decirse que «no las leía, las representaba», por lo cual los actores, después de escuchar su lectura, no tenían que preocuparse de estudiar los caracteres, pues Larra se los daba ya hechos, y conseguían el triunfo natural á que conduce la perfecta y difícil compenetración entre autor é intérprete.

Gozó también merecido renombre de excelente director de escena, hasta el punto de que muchos de sus compañeros se asesoraban de él para montar sus producciones, y algunas empresas le pedían consejo cuando trataban de poner en escena una obra de empeño. Esta fama le llevó á la Dirección artística del teatro Español, que desempeñó durante las temporadas de 1870-71 y 1871-72.

Colaboró con Luis de Eguilaz, Ventura de la Vega, Narciso Serra, Ramón de Navarrete, Antonio García Gutiérrez, Enrique Pérez Escrich, José María de Larrea y Valladares Saavedra, aunque, á decir verdad, más le gustaba escribir solo que acompañado y solo escribió la inmensa mayoría de sus obras. Versificaba con gran facilidad. En *Los lazos de la familia* dice un nombre chapado á la antigua:

«Con tanto ferrocarril,
fósforos, globos hinchados,
Congreso de Diputados
y otras invenciones mil,
parece que se concilia
mal el hombre con el hombre
y que solo hay en el nombre
religión, patria y familia.»

Y en *Los corazones de oro* dice un hombre práctico:

«El dinero es un rey loco
á quien se ama y se respeta:
no da la dicha completa;
pero le falta muy poco.»

Algunos años antes de morir, pero bastantes después de haberse retirado del teatro, fué nombrado Director del *Boletín Oficial de la Propiedad Intelectual* del Ministerio de Fomento, cargo dotado con 6.000 pesetas anuales, que desempeñó hasta su muerte, acaecida en Madrid el 20 de Febrero de 1901, cuando ya había cumplido setenta años. La causa de su muerte fué una angina de pecho, que le arrebató la vida en pocas horas.

Luis Mariano de Larra estuvo casado con Doña Cristina Ossorio y Romero, hermana de los eminentes actores Manuel y Fernando Ossorio. De este matrimonio nacieron, Mariano, ilustre actor cómico, María y Luis, malogrado autor de bastante renombre en su género.

Aunque sus enemigos han propalado lo contrario, Larra era de carácter afable, de buen corazón y cumplido y correcto caballero. El que esto escribe se complace en hacerlo constar así, rindiendo culto á la justicia y á la verdad.

FRANCISCO FLORES GARCÍA